

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — Tomo XI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 17. — N° 285.

Administracion general, passage Saunier núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

Fallecimiento y entierro de la señora duquesa de Orleans; grabado. — Revista Española. — Las costas de la Mancha; grabados. — Revista de Paris. — Ensayo histórico-crítico sobre los poemas de Homero. — Dieppe y

sus cercanías; grabados. — El caballero Jolyotte. — Las aguas minerales de San Cristau (Francia); grabado. — Mortaix; grabados. — El baile del prisionero. — Revista de la moda. — Inauguración del ferro-carril de Don Pedro II; grabados.

Fallecimiento y entierro de la señora duquesa de Orleans.

La duquesa de Orleans ha fallecido casi súbitamente el 18 de mayo en Richmond, donde residia con sus dos hijos el conde de Paris y el duque de Chartres.



Sepultura de la duquesa de Orleans, en Weybridge.

La duquesa era hija del difunto Federico Luis, gran duque hereditario de Mecklenburgo-Schwerin, y de Carlota Luisa, hija del gran duque de Sajonia Weimar.

Los restos mortales de la duquesa de Orleans, dice el *Evening Star* del 22, han sido sacados de la residencia de M. Paynter (Richmond), para ser depositados en el mausoleo de la capilla de miss Taylor, Weybridge, conforme á la última voluntad de la ilustre difunta. Al paso del cortejo fúnebre se habían reunido gran número de personas. En Richmond se habían cerrado las tiendas. El coche mortuario iba tirado por seis caballos, y estaba adornado con las armas de la difunta. El féretro, cubierto con una rica pieza de terciopelo con franjas de plata, tenía esta inscripción: *Elena Luisa Isabel, princesa de Mecklenburgo-Schwerin, duquesa de Orleans, nació en Ludwigslust en 24 de enero de 1814; casó en 30 de mayo de 1837 con Fernando Felipe de Orleans, duque de Orleans, príncipe real; enviudó en 13 de julio de 1842; murió en Richmond (Inglaterra) en 18 de mayo de 1858.* Seguían veinte coches de luto, en los que se encontraban algunos miembros de la ex-familia real de Francia, varios ministros extranjeros, y algunos individuos del clero.

La habitación mortuoria había sido colgada de negro; el féretro estaba colocado sobre un catafalco que contenía el escudo de armas de la duquesa. Cuando el cortejo fúnebre llegó á la capilla de miss Taylor, en Weybridge, empezaron los funerales. El duque de Aumale, el conde de Paris y el duque de Chartres estaban muy conmovidos.

Además de la ex-familia real de Francia, asistieron en Weybridge á los funerales de S. A. R. la duquesa de Orleans, el príncipe Alberto, M. Guizot, M. Thiers, M. de Remusat, el conde Napoleón Duchatel, M. Trezel, el marqués de Rumigny, el conde de Montesquieu, el conde de Houdetot, el conde P. de Segur, el conde de Montalembert, el príncipe A. de Broglie, M. Casimiro Perier, el conde de la Ferronays, el marqués de Lasteyrie, el duque de Galiera, el marqués de Harcourt, y otros muchos personajes franceses de distinción.

Revista Española.

Semana Santa. — SS. MM. visitando las estaciones. — Función del viernes santo. — Teatros. — La Guy Stephan y el Lago de las Hadas. — Armas de buena ley. — Amar sin conocer. — Exámenes del Conservatorio. — *Le pamphlet* y las biografías. — El rey del mundo. — Dos piezas en un acto. — Baltasar. — El Théâtre Français y mademoiselle Scriwaneck. — Delicias de Aranjuez. — Toros en el Real Sitio. — Viaje futuro de la reina. — Imposición de birretes cardenalicios á los reverendos arzobispos de Toledo y Sevilla. — Cabezada final.

Pues señor, vamos á relatar las hazañas del mes de abril; á pasarle, como quien dice, la mano por el lomo, y expulgándole de sucesos en la parte relativa á España, darlos á conocer en letra de molde para enseñanza de las gentes venideras. Así diciendo, la otra noche cogí mis apuntes y me senté á la mesa. Pensaba escribir doce ó veinte cuartillas antes de acostarme, pero el sueño, cerrándome los ojos, ya me hacía pegar con las narices en el papel, ya con el cogote en el respaldo de la silla. Logró en fin la inspiración dejarme dormido, que si es tarea agradable la de escribir revistas, no lo es menos la de dormir cuando uno tiene sueño. Entonces me pareció ver al tiempo enseñando en un estereoscopio las vistas fotográficas de abril.

Allí aparecía primeramente la Semana Santa. Sevilla y Toledo se llenaban de forasteros que acudían gozosos á contemplar las funciones de aquellos días, célebres en uno y otro punto. Hacíase cruces la Giralda, y al Guadalquivir se le iban las aguas, de puro regocijo, al observar la multitud de bellezas que los cercaban, mientras el pacífico Tajo, río que llevó arenas de oro cuando había menos banqueros y menos millones que ahora, lloraba al deslizarse entre los ruinosos monumentos toledanos por no ver aun concluida la vía férrea que debe unir la corte de los godos y la de Isabel II.

Un poco mas acá retratábanse las calles de Madrid en juéves y viernes santo. Encerrados los coches y los caballos, reinaba en la población la mas envidiable ternidad. Ricos y pobres, todos andaban á pié: y de esta suerte, ni el ruido de los carruajes incomodaba, ni sus ruedas corrían el peligro de pasar por encima de los transeúntes. Así tambien estentábase mas el lujo por donde quiera: huecas y enlutadas corrían las bellas de iglesia en iglesia, y el cieguzuelo amor, escondido ya entre los pliegues de sus vestidos, ya en las trenzas de su rubia ó negra cabellera, ya entre el fuego de sus ojos, renovaba á cada paso la historia del arrullador y melancólico Petrarca, poniendo á otros tópicos humanos en el caso de poder cantar:

Era il giorno che al sol si scoloraro
Per la pietá del suo Fattore i rai
Quando io fui preso, é non mené guardai
Che i bei vostri occhi, donna, mi legaro.

Dentro de cada uno de los templos veía yo entre tanto apiñarse religiosamente devota concurrencia. Aquí al compás y entre las armonías de escogida orquesta entonábanse los oficios divinos; allí desde la cátedra del Espíritu Santo elevaban su voz los oradores sagrados, ya recordando al pueblo la soledad de la Virgen, ya explicándola *las siete palabras* del Señor: por una parte contemplé á los caballeros de las cuatro órdenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa con

sus blancos mantos asistiendo á las funciones que celebran en tales días; por otra presencié el lavatorio de piés á doce pobres hecho por la reina, quien les sirve despues una abundantísima comida y les regala un traje completo.

Empezaba luego á despoblarse una parte de la villa, pasándose con todos sus habitantes á las calles mas céntricas, que parecían al poco tiempo alfombradas de personas. Era que SS. MM., siguiendo la costumbre de otros años, salían á visitar los monumentos y á rezar las estaciones. No describiré, pensaba yo mientras dormía, no describiré á los lectores americanos el aparato con que los reyes aparecieron á pié por las calles: ya se sabe que en semejantes ocasiones los monarcas de España se presentan con extraordinaria esplendidez: numerosa servidumbre, libreas cubiertas de oro, sillas de manos antiguas de exquisito gusto; todo era verdaderamente régio, y llamaba justamente la atención de la apiñada muchedumbre que llenaba la carrera, haciendo reventar á veces las dos filas de soldados, diques inútiles — para tan alborotadas olas. Era agradable por extremo la temperatura de aquella tarde, y ya había entrado la noche cuando los reyes se retiraron á palacio.

La procesion del viérnes, que empezó á pasar luego por delante de mis ojos cerrados, es lo mismo que la del Corpus, ceremonia verdaderamente clásica en Madrid. Todos los años la forman los mismos cofrades, los mismos judíos y los mismos pendones; y sin embargo todos los años salen á verla las mismas personas, y no se contentan con admirarla en un punto solamente, sino que atravesando callejuelas y encrucijadas corren á su encuentro cuatro ó cinco veces.

Los pobres de San Bernardino, los niños del Hospicio y de la Inclusa, multitud de oficiales del ejército, y las autoridades civiles y militares de la Heroica Villa forman el acompañamiento obligado de tal procesion; y diferentes imágenes veneradas en varias iglesias durante el resto del año recuerdan á la apiñada muchedumbre que las contempla la pasión y la muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

En aquella tarde es costumbre inmemorial que se asuste la gente alguna que otra vez; aquí un muchachuelo es sorprendido calentándose los dedos en el bósillo ageno; allí se arma una granizada de cachetes despues de haberse preparado la atmósfera con espeso nublado de dimes y díretes y desvergüenzas; y mientras estos corren por huir de la pelea, aquellos vienen á su encuentro atropellándose por verla mas de cerca.

Todo sirve sin embargo de diversion únicamente, y nunca hay que lamentar disgustos graves. Los madrileños están siempre mas dispuestos á reír que á incomodarse.

Por efecto de esta misma regocijada propension mirad con cuánta algazara al sonar el sábado el repique de las campanas arrojan al aire las verduleras frondosos manojos de verdes espinacas. El cielo se oculta entre un movedizo toldo de verdura y la tierra se allombra de frescas hojillas, que al salir de la huerta pensaron ser adorno de un potaje. En cualquier otro sitio que no fuera Madrid aquellos restos de la cuaresma podrían aun venderse: aquí se prefiere la diversion á la ganancia.

La noche del primer día de Pascua iba abriendo en tanto las puertas de los teatros que tuvo cerradas la semana anterior. Con una funcion nueva de puro vieja dió comienzo á sus tareas el del Príncipe. Allí se veía bailar á la Guy Stephan junto al *Lago de las hadas* recordando sus antiguos triunfos. Como en aquellos tiempos en que el escenario se cubria de flores y coronas al asomar la célebre bailarina, como en aquellos tiempos de frenético entusiasmo por los ejercicios pedestres la señora Guy Stephan es digna de aplauso; pero ni la empresa del Príncipe pone en escena las danzas con el lujo que la antigua del Circo, ni existe hoy la desmedida afición de entonces á los brincos y cabriolas. Obtiene sin embargo frecuentes *bravos* y sonoras palmas la señora Guy, y llénase cada noche el teatro por admirarla á ella y á su digno compañero el señor Merante, único resto de la compañía que ha funcionado este invierno en el Régio Coliseo.

Siguiendo siempre mi sueño parecióme luego ver una nueva zarzuela en el teatro donde este género de plantas se cultivan. Llamábase *Armas de buena ley*, y era la letra de don Pedro Ramos, que ya ha dado al público desde 1834 varias piecitas, y la música de don Mariano Vazquez, el cual se hizo conocer á principios de la temporada, siendo uno de los autores de *la Roca negra*. Demostrar que un marido no se cansa nunca de la compañía de su mujer cuando esta sabe usar de ciertas picardiguélas ficitas y aun laudables: tal es el asunto de esta obrita. Su argumento es por extremo sencillo, y se conoce que la acción se desenvolvía en un solo acto y ha sido estirada para que llene dos. Sin embargo, escrita la zarzuela con facilidad, resulta agradable, y desármase la crítica severa al considerar que se ha presentado al público sin otras pretensiones que las de ligero juguete y ameno pasatiempo. Hé aquí para muestra de la versificación, un trozo de la escena en que los cónyuges protagonistas se deciden á marchar libremente y cada uno por su lado.

JULIA.

Mi único defecto
Era sin duda el amante
Tanto. Pues mira, á pesar
De tu conducta culpable,
Carlos, te amo siempre.

CONDE.

¡Vuelta

A lo mismo! (con enojo.)

JULIA.

¿No te place? (con prontitud.)

Bien; no te amaré ya mas.

CONDE.

¿Eh? (picado.)

JULIA.

Lo dicho; en adelante (resuelta.)

Cada cual por su camino
Yaya como mas le agrade.
Ha cesado el compromiso
De union tan desagradable,
Y por mí, que mi marido
Eres, no lo sabrá nadie.
Ni del santo de tu nombre
Te prometo no acordarme...
Y no presumas que en ello
Hago un sacrificio grande.
Al contrario: ¡¡já! ¡¡já! ¡¡já!
Me divertiré en los bailes,
Admitiré galanteos,
Asistiré á todas partes...
Yaya, pues no! Yo te juro
Volver á mis mocedades...
(Ay, no puedo mas. Me ahogan
Las lágrimas y el coraje.)

Los celos hacen que el marido pida una entrevista: de ella resultan restablecidas las paces para consuelo del espectador.

CONDE.

Julia, es grande mi dolor
Al ver que olvidas aquellos
Días tan dulces, tan bellos,
Testigos de nuestro amor.

JULIA.

Tú lo recuerdas?

CONDE.

Yo sí.

JULIA.

Pues yo...

CONDE.

¿Tambien?

JULIA.

No por cierto.

Nada.

CONDE.

(Me ha dejado yerto.)

JULIA.

Solo recuerdo que allí,
Al verme tan complaciente
O mejor dicho, tan sosa,
Te fastidiaba tu esposa.
Pero soberanamente.

CONDE.

No tal, no, Julia querida,
Que te persuadas confío...
Te llamaba dueño mio,
Consuelo, luz de mi vida,
Y recuerdo con placer
Que el día de nuestras bodas
Decía al verte: «entre todas
La mas linda es mi mujer.»
Al pecador que aun te adora
Dale el perdon, alma mia;
Pues lo que entonces decía
Lo digo tambien ahora.
Mi corazon te prefiere,
Late y se agita por tí...

JULIA.

(Cuando le oigo hablar así,
Hace de mí lo que quiere!)

Despues de esto no le queda ya mas recurso al marido que postrarse á los piés de su mujer diciendo:

CONDE.

Julia mia, qué consuelo
Me das al hablar así.

JULIA.

Van á venir, y no crean...
Levántate.

CONDE.

No me espanto
De nada, ni me levanto
Hasta que todos me vean.

La música me pareció agradable y nueva, y vi repetir un dúo del segundo acto y presentarse los autores llamados por el público.

Tras de esta zarzuela aparecía en el mismo teatro otra de don Luis Olona, con música de don Joaquin Gaztambide y don Francisco Barbieri. Titulábase *Amar sin conocer*, y obtuvo éxito lisonjero. Ya se sabe que el señor Olona es uno de los que se dan maña para escribir zarzuelas ligeras y festivas, y esta es una de ellas. No podré examinarla detenidamente, pensaba yo, mientras creía verla, porque ya se acaba el mes, y mi revista tiene que echar á correr camino de Paris; pero si diere que á ser mas entretenido el acto último la empresa de la zarzuela había encontrado un buen filon.

Y como cosa de música recordé al llegar aquí la distribución a los alumnos del Conservatorio. Una fantasía religiosa del señor Hernando; una cantata del señor Valdemoso, con letra del señor Segovia, una sinfonía de Carnicer, *el Café*, de Moratin, y varias piezas en diferentes instrumentos, tal fué la función con que se celebró la presencia de SS. MM. en el antiguo salón de Cortés.

Trasladándome luego con el pensamiento al Circo, presenciaba allí cuatro estrenos. Era el primero un arreglo de la comedia de Legouvé *le Pamphlet*, hecho por don Enrique de Cisneros con el título de *las Biografías*. Empezando por el nombre, no me pareció que el *pamphlet* es propiamente una biografía, por más que la obra de Legouvé se escribiera con ocasión de las vidas de personajes célebres publicadas por M. de Mirecourt. Además en España no conocemos el verdadero *pamphlet*, y eso que hay entre nosotros afición á hablar mal del prójimo; de modo que el fin moral de la comedia resulta sin aplicación, y al contemplar aquellos retratos cuyo original no hemos visto nunca por estas calles, no nos interesa su parecido. Pero sin embargo de esto y de haber el traductor añadido un acto á los dos del original francés, con lo que se ha hecho más lánguida la acción, el drama entretuvo agradablemente por varias noches, mereciendo ser aplaudido en todas ellas.

Otra comedia, de costumbres también, aparecía en segundo lugar por el mismo escenario. *El Rey del mundo* (que con tal título se presentó en los carteles) es obra de don Luis Mariano de Larra, y tiene un pensamiento moral digno y oportuno: demostrar que la afición al dinero, mal epidémico en nuestros días, no produce la felicidad, y es por el contrario causa y origen de pesares sin cuento. Parecíame sin embargo recordar mientras este drama pasaba por delante de mi vista, otras muchas comedias y novelas modernas que tienen por asunto probar la misma verdad, ya tan sabida por todos. *El auri sacra fames* ha suministrado asunto para lucirse poetas y prosistas desde que se hacen letras, ó mas bien desde que se inventaron las palabras *tuyo* y *mío*, que debió ser hace muchos años.

A pesar sin embargo de lo manoseado del asunto, el drama del señor Larra entretuvo agradablemente á la concurrencia, mereciendo que se llamara á las tablas al autor.

Respecto á dos piezas en un acto que escuché allí mismo, lo único que se puede decir de ellas es que se llaman *Don Sisenando ó temores infundados* la primera, y *A tientas* la segunda; que es el autor de aquella don Juan de la Puerta Vizcaino, teniendo música de don Cristóbal Oudrid, y que la última es traducción anónima del francés.

He dejado para lo postrero de mi narración el teatro de Novedades, porque es precisamente el que mas ha llamado la atención en el mes que acaba. Un nuevo drama de la señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda llenó por veinte y tres noches del mismo aquel salón, y promete dar aun abundantes entradas en el mes próximo. *Baltasar* (que tal es su nombre) ha sido puesto en escena con grandes alardes de lujo. Multitud de coristas, bailarines y comparsas, trajes cubiertos de oro de teatro, muebles y vajilla del mismo metal, y decoraciones nuevas llenas de pirámides, esfinges y palmeras: todo ha excitado el interés del público, produciendo copiosa cosecha de duros á la empresa y á los revendedores de billetes. ¿A qué hacer yo ahora un exámen detenido de *Baltasar*, si durante mi sueño he visto analizarle á toda la prensa de Madrid? Diré sin embargo al escribir mi Revista, que la distinguida autora del *Saul* y del *Alfonso Muñio*, juntando el personaje que la Biblia retrata bajo el nombre de Baltasar con otros que ha fantaseado, tuvo por objeto hacer un drama simbólico. Así lo dice en la dedicatoria que precede á su obra, de la cual copiaré un trozo, ya que no puedo darla á conocer entera á mis lectores.

«La caída del imperio babilónico, señalada por celeste prodigio, fué mas que el hundimiento de un trono: fué un gran suceso providencial de mas alta trascendencia que otras revoluciones análogas. Ciro, anunciado por los profetas, era el escogido para romper las cadenas del pueblo de Dios, para levantar el templo, aquel templo en que resonó la divina palabra del Mesías. Con Baltasar, y como él, la copa del festín en las manos y la hiel de la impotencia en el alma, se hundió una civilización corrompida, que entre las púrpuras de la orgullosa reina del Eufrates parecía haber soñado en la fusión de las razas por medio de la prostitución, celebrando, según la enérgica expresión de un escritor moderno, con una pascua de libertinaje su primer pensamiento de unidad. Cayó aquella civilización anunciando otra ruina mas grande, mas profunda, mas trascendental: la del mundo antiguo, la de la sociedad idólatra, cuya última hora vibraba ya en los oídos de Daniel al término de las setenta semanas, por entre cuyas sombras columbraba los crepúsculos del día eterno de la verdad.

»La cabeza de oro de la simbólica estatua de Nabucodonosor rodó deshecha á los pies de Ciro, dando lugar á un nuevo imperio, que por nuevo paso providencial del progreso humano, sucumbió á su vez bajo la espada de Alejandro, preparando la humanidad para recibir la luz del Evangelio.

»Así, después de cumplirse las setenta semanas de Daniel, lució la luz para los que yacían entre las sombras de la muerte, y la civilización latina cedió el trono del mundo á la civilización cristiana, alumbrando desde el capitolio con desconocidos resplandores las sombras y las ruinas de lo pasado y haciéndolas de grande

esperanza para el porvenir. Entonces el mundo nuevo comprendió y explicó el antiguo, y el festín sacrilego de Baltasar surgió á los ojos de la filosofía como una de las páginas mas elocuentes de la historia humana, como el gráfico sello de una civilización materialista. Bajo este aspecto se presentó á mi vista cuando en un momento de temeridad osé comenzar este drama, intentando encerrar en las estrechas dimensiones de una composición teatral su gran pensamiento filosófico. Confieso que no me lisonjea la presuntuosa esperanza de haberlo conseguido; pero he procurado al menos indicar la idea, haciendo que ningun incidente, ningun personaje, ninguna palabra desdiga en lo mas mínimo del carácter que quise dar á mi obra.

»Elda y Ruben, continúa la señora Avellaneda, representan en este pequeño cuadro los dos seres mas débiles y abyectos de la sociedad antigua: la mujer y el esclavo, rehabilitados por el cristianismo. En aquellos dos seres encuentra sin embargo el déspota oriental el límite de su poder tiránico. Baltasar, el alma devorada por el hastío de la vida entre los goces materiales y todas las pompas de la vanidad mundana; el alma sin Dios que no se satisface con recibir de la tierra las adoraciones que ella le niega al cielo; el alma soberbia, que se imagina sin semejante entre los hombres, encuentra en la mujer y en el siervo la primera revelación de la dignidad humana y de la pequeñez de las potestades terrestres. El cetro del dios mortal de Babilonia se estrella en la virtud de dos corazones fieles, y en balde les pide el amor y la felicidad de que se halla desheredado en la cumbre solitaria de su grandeza egoísta. Ciego con la impotencia de su primer deseo, venga su desventura de hombre con su tiranía de déspota; huella la virtud que ha negado en su escepticismo, y que encuentra y reconoce para su castigo. Comprende en la desesperación de su aislamiento que existen para el alma goces purísimos que Dios no rehúsa á las mas bajas condiciones sociales, pero sí al soberbio que desconoce á sus semejantes en la tierra y á su infalible juez en el cielo.»

La versificación no necesita elogios; ya saben mis lectores que la señora Avellaneda ocupa un lugar muy distinguido en el Parnaso español.

Sirvan de muestra aquella imitación de los salmos:

Luto visten sus valles;
No hay en las aras de su Dios ofrendas;
La yerba crece en sus desiertas calles,
Y guarda muda soledad sus sendas.

y también los rozos siguientes:

En el recinto de tan triste estancia
Mi juventud se alberga desvalida,
Y aquí mi amante y yo desde la infancia
Vivimos juntos de una misma vida;
Bien como dos arbustos infelices
Que bajo extraño sol lánguidos crecen,
Y entrelazando ramas y raíces,
Arrimo mutuo y fraternal se ofrecen.

Do quier que miras,
¿No ves, Ruben, no ves recuerdos tiernos
Que estimar debe el triste que los deja?

Allí al primer destello matutino
Que trasapaba por la angosta reja,
Orábamos los dos al Ser Divino;
Y el pajarillo que acudir solía
A recoger un grano de mi diestra,
Sus dulces cantos jubiloso unía
Al triste son de la plegaria nuestra.
Allá tomamos el frugal sustento
Que antes bendijo la paterna mano,
Y en este banco se adormió el anciano
Dándole arrullo mi amoroso acento.

¿Cuántas noches de vigilia inquieta,
En que medrosa se agitaba su alma,
Tú le volviste la perdida calma
Con la santa lectura del profeta!

¿Cuántas mi mano con amor secaba
La última gota de su lloro amargo,
Cuando en sus labios con murmurio largo
Aun la postrera bendición vagaba!...

...Esa nube, que celajes rojos
Tiende del cielo en el azul brillante,
¿Es la misma tal vez que nuestros ojos
Ayer siguieron en su curso errante?

¿Y luego, luego brillará la estrella
A que dimos los dos nombres ignotos,
Y cada noche se aparece bella
Testigo á ser de nuestros tiernos votos!

«Si quieres vencer
Este infecundo fastidio,
Contra el cual en vano lidio
Porque se encarna en mi ser,

¿Muéstrame un bien soberano
Que el alma deba admirar!...
Y que no pueda tocar
Con solo extender la mano.

Dame, no importa á qué precio,
Alguna grande pasión
Que llene mi corazón
Que solo abriga desprecio.

Enciende en él un deseo
De amor... ó de odio y venganza!
Pero dame una esperanza,
De toda mi fuerza empleo.

Dame un poder que rendir,
Crímenes que cometer,
Venturas que merecer,
O tormentos que sufrir.

Dame un placer ó un pesar
Digno de esta alma infinita,
Que su ambición no limita
A solo ver y gozar...

Dame, en fin cual lo soñó
Mi mente en su afán profundo,
Algo... mas grande que el mundo!
Algo... mas alto que yo!...

Después de estas funciones de teatro español, vi las del *Français*, que sigue variando de comedias á cada noche. Una nueva actriz han contratado para aquella escena, y con la aparición de Mlle Scriwaneck (que así se llama) la sala se ha llenado de gente algun tanto mas que lo de costumbre. Hé aquí las piezas representadas en abril por aquellos actores, todas en un acto: *Romulus*; *Un mari brûlé*; *Un caprice*; *Le chef-d'œuvre inconnu*; *L'affaire de la rue de l'Ouvrière*; *le Copiste*; *On demande un gouverneur*; *Madame Roger Bon-temps*; *Quatorze de dames*; *le Lion et le rat*; *Un cœur de grand'mère*, las canciones *le Chien de la veuve Langhamé*; *L'Hirondelle perdue*; *Tout ou rien*, y la escena trágica *Le songe d'Hamlet*.

A poca distancia de Madrid y unido á la corte por el ferro-carril de Alicante, hay un pueblo llamado Aranjuez, cercado de hermosísimos jardines en que la primavera se ostenta con todas sus galas y toda su lozanía. Allí á la márgen del Tajo se veía acudir gozosos á los vecinos de la corte, que admiraban aquellos altísimos árboles, aquellos cuadros de olorosas flores: aquí el rio que se despeña entre blancas espumas por una ancha cascada con agradable estruendo; allí el severo palacio que se levanta á sus orillas: todo conmueve el ánimo agradablemente en aquel paraíso primaveral. Suelen los monarcas españoles pasar en aquel Real Sitio los meses de abril y mayo, y en el año presente, siguiendo la costumbre trasladóse la corte al mismo punto. Paseos por los jardines, conciertos al aire libre por la música del regimiento de ingenieros, alguna que otra tertulia: tales eran las únicas diversiones que me pareció observar en Aranjuez.

Dos veces alegrábase aquel pueblo durante abril, aunque no con alegría de buen tono. Las corridas de toros llevaban al Real Sitio bulliciosa puesta que no escogida concurrencia, y las tabernas se llenaban en uno y otro día de mosquitos humanos. Que no pueden figurarse mis lectores de Ultramar la animación que allí producen semejantes funciones. Reducidos los precios del ferro-carril en tales casos, ¿qué aficionado resiste á la tentación de ver si el primer bicho murió de una baja recibiendo, y el segundo de un volapié, y el tercero descabellado, y si los picadores montaban buenos jamegos, y si los muchachos colgaron muchos pares de rehiletes? Agólpase pues la gente en el embarcadero, llena los vagones, y alborotando todo el camino con gritos y cantares, inunda las calles, las fondas y los despachos de vino de Aranjuez, y después de silbar aplaudir y entusiasmarse en la plaza de toros, vuélvese todo el mundo á sus guaridas de la Heroica Villa con las mismas ganas de gritar que llevaron por la mañana.

Los periódicos que tenia sobre la mesa parecían anunciarme, al llegar á esta parte de mi sueño, que á principios de mayo varios sucesos llevarían á Aranjuez nueva y abundante concurrencia. El viaje de SS. MM. hasta Alicante, las maniobras del regimiento de ingenieros, y la apertura del ferro-carril de Toledo así hacen esperar. Para cuando lo primero tenga lugar, apercíbense en aquella ciudad preparando grandes funciones en obsequio de los reyes.

Antes de marchar la corte al Real Sitio celebróse en palacio la solemne ceremonia de imponer la reina los birretes cardenalicios á los arzobispos de Toledo y de Sevilla. Monseñor Luis Naselli, camarero secreto de Su Santidad, estaba encargado de poner en manos de S. M. aquellas insignias, habiendo sido portadores de las mismas los guardias nobles marqués della Valle y conde Faelli Tomasi. Recibidos por SS. MM. con toda solemnidad, pronunció el ab-legado un discurso que fué contestado por otro de la reina, la cual colocó en seguida los birretes á los reverendos arzobispos, dándoles su real abrazo según se acostumbra en estas ceremonias. Yo no soñé que presenciaba esta, pero sí que leía su descripción en los periódicos.

Y al llegar á este punto de mi sueño, una cabezada mayor que las anteriores me hizo dar con las narices en la mesa. Desperté al dolor del golpe, y encontrándome escrita la Revista, la metí en un sobre y la mandé al correo.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Las costas de la Mancha.

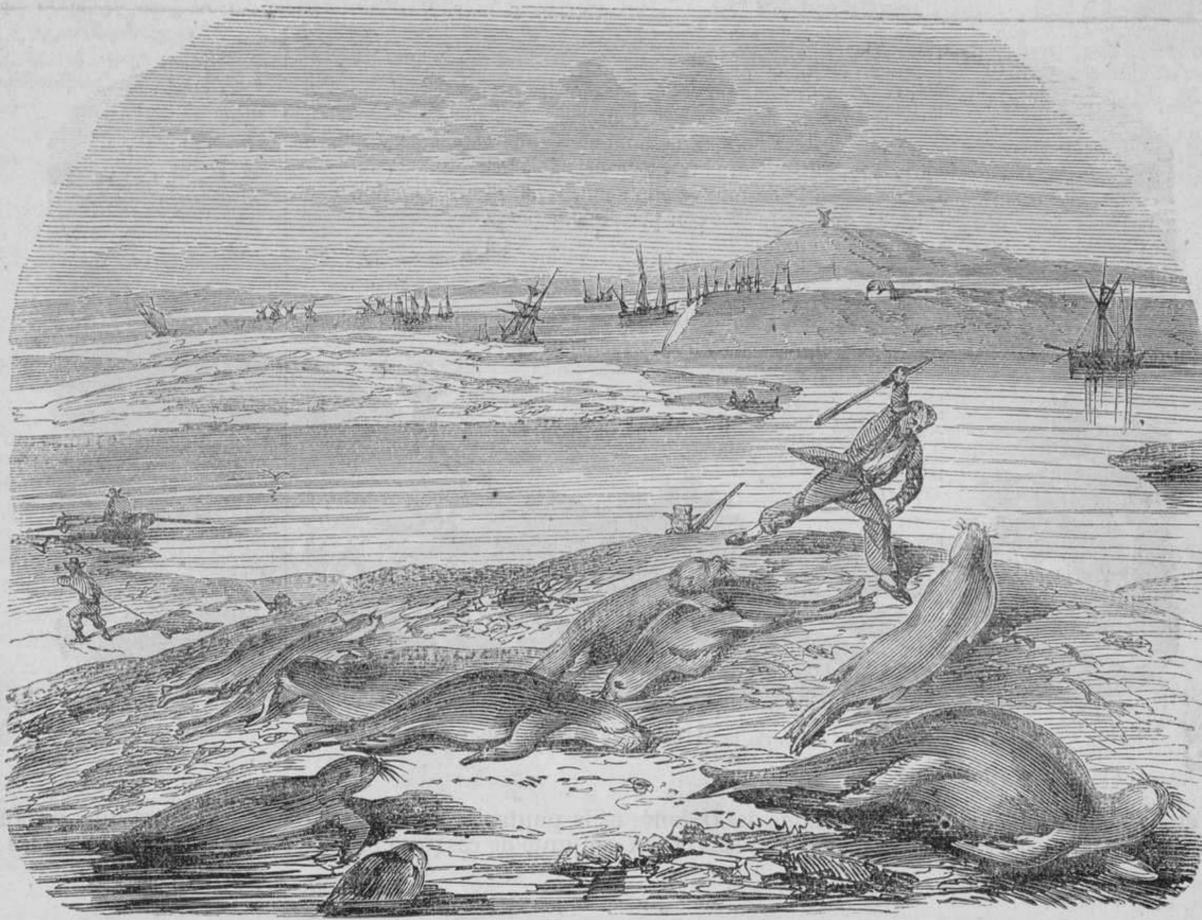
Cuando siguiendo la línea del ferro carril de Paris á Boloha, se pasan algunas millas de la estación de Abbeville, se distingue á la izquierda una vasta extensión de agua y arena animada por un movimiento de navegación entre algunos puertos pintorescos á cual mas. Es

comarca, muchos forasteros que visitan el Crotoy le dejan con el deseo de volver á él.

El Crotoy parece con efecto por su posición y por su carácter un punto muy á propósito para el hombre cansado del bullicio de las grandes ciudades. El que allí acude despues de haber pasado nueve meses del año en una gran población, no se paseará en jardines arreglados con simetría, pero verá Mayoc donde unas alamedas deliciosas reemplazan una abadía célebre; los Larterones, hermoso cortijo cuya verdu-ra forma un gran contraste con la desnudez de la costa; Favieres, aldea que produce buena leche y una sidra excelente, y por último el vasto monte de Crecy que cubre las alturas que rodean el fértil país del Marquenterre.

En la orilla opuesta de la bahía, la vista descansa con delicia en el bonito pueblecillo de San Valerio, abrigado por un paseo y dominado por el promontorio del Cap-Cornu, desde donde se descubre un panorama asombroso. San Valerio es un puerto importante de la Mancha, pero debe serlo mas si las obras propuestas se ejecutan. El Crotoy está mejor colocado que San Valerio para los movimientos de su navegación; si le añaden San Valerio, la playa de arena que separa esos dos puertos será fácilmente reemplazada por dársenas, diques y muelles tanto mas interesantes cuanto que la bahía de Somme es el punto marítimo mas cercano de París.

Mas allá de Rue, en las márgenes del Authie, la antigua abadía de Valoires es quizá tan curiosa por las costumbres de sus habitantes como por sus recuerdos históricos. Es en el día la residencia de una sociedad de hombres consagrados al trabajo y á la oración, verdadero falansterio religioso donde cada cual tiene su ocupación favorita desde el boyero hasta el fabricante de órganos.



Costas de la Mancha. — La caza de focas.

También está cerca del Crotoy el campo de batalla de Crecy. Se indica todavía á los curiosos una torre muy alta convertida en molino desde la cual Eduardo observó los movimientos de sus enemigos. Los ingleses habrían demolido la torre á fuerza de comprar fragmentos de ella, si el molinero no hubiese tenido la precaución de llenar los claros con piedras menos históricas. Desde ese punto el cicerone indica el Camino del ejército, el Campo del degüello y la Cruz de Bohemia. El camino del ejército, calzada abandonada en el día, toma al acercarse al Somme el nombre de Camino de Valois, porque fué la vía que siguió Felipe de Valois cuando perseguía á su enemigo algunos días antes de la batalla.

La tierra del Crotoy y de sus cercanías es un encanto para el arqueólogo; es para él un logogrifo que, cu-

á 150 metros; oasis de verdura encerrados entre esas colinas blancas que el viento disminuye, aumenta ó cambia de puesto.

Ahora contienen las dunas por medio de plantíos de *oyats* (*arundo arenaria*), especie de junco cuyas varillas largas y acanaladas retienen la arena. También se encuentra en los fondos un arbustillo espinoso. Los habitantes de ese desierto son el conejo, el tejón, el zorro, el águila y varias clases de pernocteros muy estimados de los ornitólogos. El gato huye gustoso del hogar doméstico para vivir allí de rapiñas y volver al estado salvaje.

Las excursiones por el campo no son los únicos paseos que tienen los bañistas, sino que hallan barcas á su disposición para visitar todas las partes de la bahía y aun para elevarse en alta mar hasta la altura de

bierto de arena por los siglos, es un enigma de piedra indecifrabable. Continuamente se hacen hallazgos preciosos que consisten en jarrones romanos y célticos, medallas de diferentes clases, fragmentos de armas antiguas, piedras funerarias y otros objetos, silenciosos testigos de las épocas pasadas, de las cuales la historia no nos conserva recuerdos seguros.

Los baños están dispuestos al Mediodía á lo largo de la colina que abriga el Crotoy contra los vientos de la mar; la playa toda de arena menuda y perfectamente lisa no presenta ningún peligro; la mar sube por ella suavemente, y sus ondulaciones, lejos de ser violentas, tienen una blandura que mece al bañista y facilita los ejercicios de la natación.

Las visitas á los lugares históricos y á las campañas del Marquenterre, bastan para llenar el tiempo que separa las mareas. Pero el paseo mas seductor es el de las dunas. Figúrese el lector una superficie de 60 kilómetros cuadrados, formando montones de arena de 100



El pescador desahucando pesca.



Las buscadoras de guanos.

Dieppe ó de Etaples. Son estas unas embarcaciones cubiertas, y los marinos procuran á los viajeros la diversion de ver la pesca con red, y de cazar la gaviota y el buey marino.

El buey marino (*phoca vitulus marinus*), llamado lobo marino en el pais, es un animal anfibio, de la corpulencia y la figura de una ternera ordinaria, con pelo negro y atigrado. Se le ve entrar en bahía con la marea ó descansar en los bancos de Somme cuando el mar está bajo. Es muy difícil acercarse, pues así que ve al cazador se mete prontamente en el agua. Sin embargo, á veces se le puede sorprender llegando de improviso en una barca para cortar la retirada y precipitándose sobre él con un palo.

A marea baja se hace otra pesca, la del *ojeo*: los marinos atajan el fondo de las corrientes con grandes redes, y luego entran en el agua y la menean con varas largas cantando ó lanzando gritos. Los peces huyen bajando y se quedan presos en las redes.

Los habitantes del Crotoy pertenecen á esa clase de marinos que no han perdido nada de su sencillez primitiva. Excepto algunas personas que por sus relaciones de negocios ó de familia se hallan en contacto con los usos modernos, los demás no piensan sino en la pesca.

Una industria particular en el Crotoy es la de buscar el gusanillo marino que debe servir de cebo para la pesca del arenque. En cuanto llega el mes de octubre la playa se cubre á marea baja de una porcion de miteres, ancianos y chicos que con una paleta larga remueven la arena y sacan el gusano cuando han reconocido allí su existencia. Pero la mar sube y viene á recobrar su terreno; los buscadores de gusanos vuelven al Crotoy donde les esperan hombres de los puertos vecinos á quienes venden su cosecha. Esta industria, que dura todo el invierno, es muy productiva y proporciona recursos á la poblacion del Crotoy, que no cuenta un solo indigente.

El marino del Crotoy es hospitalario y afable con los forasteros; en la mar es intrépido, porque está en su elemento natural. Si se trata de socorrer un buque en peligro ó de salvar á un naufrago, actúa prontamente.

F. L.

Revista de Paris.

Como todos los años en esta época Paris se va despoblando, y sus ilustraciones se dirigen á Baden, Wiesbaden, Hamburgo, Spa, Vichy, Dieppe y los Pirineos. Los grandes calores que se han sentido muy pronto en la estacion actual favorecen extraordinariamente la emigracion del mundo aristocrático. Las personas que todavía no han podido abandonar la capital, se ocultan, y si salen de casa es de incógnito, como los príncipes cuando están de viaje. En la Opera ha desaparecido ya el lujo del invierno, y principian á reconocerse en los palcos á los buenos habitantes de las provincias que llegan en crecido número, y cuyas señoras se presentan con prendidos de baile de una elegancia mas ó menos dudosa. Unicamente los forasteros que vienen á Paris con deseos de verlo y conocerlo todo, se atreven á resistir la temperatura sofocante de los teatros de esta gran ciudad, todos ellos pequeños, con asientos incómodos y mal ventilados. Algunos cierran sus puertas durante el estío, y en los restantes, cuando faltan los provincianos y los extranjeros, los actores corren peligro de tener que representar ante media docena de personas. Ha habido ocasiones en que el público se componia de un solo espectador.

Joanny, un actor antiguo del Teatro Francés, se halló una noche en ese lance. Al salir á las tablas se encontró con que solo en las lunetas se descubria un caballero, y adelantándose en la escena le dijo:

— Caballero, debo ejecutar *Cinna*, porque así lo ha prometido el cartel, y se hará la funcion si Vd. lo desea; pero confieso francamente que preferiria jugar al dominó: ¿qué dice Vd.?

El público consintió por unanimidad; el espectador y el cómico jugaron al dominó y Joanny salió perdiendo.

Igual cosa le sucedió al famoso Carlin en el siglo pasado, que por desgracia no se halló con «un» público tan fácil de seducir.

Era por el mes de julio; habia hecho un calor horroroso, y al anochecer el empedrado de la ciudad echaba chispas. Cada cual marchaba á los paseos deseando encontrar un poco de aire y de frescura. Naturalmente, nadie caminaba hácia los teatros.

Sin embargo, cuando fué hora se levantó el telon en la Comedia Italiana. Carlin trabajaba aquella noche en una pieza que comenzaba por un monólogo en parte dirigido al público. El actor se adelanta por el escenario, y se queda cortado al notar que habia una ausencia completa de espectadores.

— Amigo mio, exclama dirigiéndose al director de orquesta, no estoy en ánimo de trabajar por tí únicamente; me voy y puedes hacer lo mismo con tus músicos.

Ya el director de orquesta se disponia á salir cuando se oyó una vocecilla aguda que salia del patio:

— Me opongo, me opongo á semejante cosa; he dado 30 sueldos por oír la comedia, y quiero oírla desde el principio hasta el fin.

El cómico se adelanta mas, y poniéndose la mano sobre los ojos á guisa de pantalla, trata de descubrir al autor del apóstrofe. Pero ¿qué distingue? Un jorobadillo que daba vueltas como un diablo queriendo escalar los asientos para acercarse á la escena.

— Señor mio, le dijo Carlin con ironia, no se apure Vd. por sus 30 sueldos, que entre mis compañeros y yo se los volveremos á Vd.; mas aun, doblaremos la suma, y si usted

quiere iremos á beber juntos donde corra el aire, lo que será mucho mejor que estar encerrados en este horno.

— Yo no acostumbro á beber con las personas que me son desconocidas, contesta el hombrecillo gesticulando y meneando su joroba: he venido aquí para ver la comedia y quiero verla; me hará Vd. el favor de principiar cuanto antes.

— Lo haria de muy buena gana, repuso Carlin imitando su tono y sus ademanes con perfeccion; pero...

— ¿Pero qué...?

— Me es imposible.

— ¿Y cuál es la razon?

— Es que al principio de la pieza debo dirigirme al público, y como no hay público esta noche en mi teatro, resulta que con la mejor voluntad del mundo no puedo dirigirme á él.

— ¿Y á mí no me cuenta Vd.? ¿Por quién me toma Vd.?

— Le cuento á Vd. y le tomo por un jorobado, y el público no puede ser jorobado.

— Es Vd. un insolente.

Al oír estas palabras Carlin levanta la cabeza con orgullo, y arrancándose la careta le dice:

— Usted ignora sin duda con quien está hablando; ha de saber Vd. que soy Carlo Bertinazzi, ex-oficial de S. M. el rey de Cerdeña, y que no he tolerado jamás insultos de nadie.

— Poco á poco, repuso el jorobado con mucha sangre fria; aquí no es Vd. el señor Bertinazzi, sino que es Vd. Arlequin, y está Vd. obligado á trabajar en mi presencia porque para eso he pagado, y si no me quejaré al teniente de policía que le llevará á Vd. á la cárcel. Ahora si quiere Vd. saber mi nombre, mi profesion y las señas de mi casa, le diré á Vd. que me llamo José Dubreuil, pasante de escribano y que vivo en la calle de Saint-Honoré.

Y el jorobadillo se sentó con mucha gravedad.

Carlin conocia que su adversario estaba en su derecho. Se puso de nuevo su careta y principió el monólogo trabajando con la misma animacion y alegría que si la corte hubiera estado viéndole.

Pero sus compañeros no se resignaron con igual facilidad, y hasta se descuidaron tanto en el cumplimiento de su deber, que el espectador creyó conducente llamarlos al orden, lo que efectuó con un buen silbido.

Los actores se miraban estupefactos.

— ¿Qué quieren Vds.! exclamó el jorobadillo; eso es burlarse de la gente, y silbaré mas y mas si ustedes no se enmiendan.

— Tiene mil razones, dijo Carlin.

Entonces los cómicos por deferencia á su compañero desplegaron todo su saber. Debemos decir que el jorobado era hombre justo, y les aplaudió como lo merecian.

La representacion se terminó sin nuevos tropiezos, y ya estaba á punto de caer el telon, cuando Carlin dirigió por última vez la palabra al que hacia las veces de público en estos términos:

— Señor mio, si no le ha parecido á Vd. mal el desempeño de la comedia, tenga Vd. la bondad de decirlo por todas partes á ver si conseguimos así algunos espectadores. Tambien contamos mis compañeros y yo con que vendrá Vd. á menudo á nuestro teatro.

El jorobado saludó profundamente y prometió hacer lo que pudiera en el asunto.

Al otro dia cuando iba á salir de su casa para ir á sus negocios, entró á verle un lacayo muy lleno de galones, y le entregó un pliego cerrado y con el sello de la Comedia Italiana.

Era un mensaje en que le convidaban á comer, participándole al mismo tiempo que le habian concedido la entrada gratis en el teatro durante toda su vida.

José Dubreuil asistió á la comida, y en la mesa pagó su escote en moneda de jorobado, es decir, en agudezas y en chistes.

Brindó á la salud de Arlequin, Polichinela y demás payasos de la compañía.

Desde entonces José Dubreuil se llamó el jorobadillo de Arlequin, y se hizo el mejor amigo de «Carlo Bertinazzi, ex-oficial de S. M. el rey de Cerdeña.»

Nunca dejaba de ponerle este título pomposo en el sobre de las cartas que le dirigia, lo cual lisonjaba sobremanera el amor propio de Carlin.

La anécdota, aunque de fecha atrasada, es oportuna; los teatros de Paris se hallan hoy en la misma soledad que cuando el jorobado tuvo el capricho de hacer que representaran para él solo. Unicamente el sultan de Constantinopla se da tales honores; cuando concurre al teatro, las puertas están cerradas para todo el mundo, aun para los altos señores de su corte, y nadie mas que las pocas personas que él designa, le acompañan en su solitaria diversion.

Pero viniendo á cosas mas recientes, hé aquí un rasgo atrevido de una señora que por razones que conoceremos en seguida, quiere que se hable de ella en Paris. No obstante, aunque busca el escándalo, callaremos su nombre. Esta señora, de una conducta ejemplar y en una posicion elevada, entró el juéves último á las doce de la noche en una de las fondas de mas nombradía del boulevard, se acercó al mostrador, y preguntó con voz firme si no estaban cenando allí algunos jóvenes solos.

La pregunta hecha por una persona de aire modesto y distinguido sorprendió bastante; sin embargo la indicaron un «gabinete de sociedad» donde media docena de hombres jóvenes y alegres acababan de sentarse á la mesa.

La dama abrió la puerta del cuarto, saludó muy afable á la reunion, y pidió permiso para cenar en tan agradable compañía. Al instante la hicieron puesto, y ella se sentó entre dos mozalvetes muy políticos que rivalizaron en atenciones y finezas. La recién llegada comió con buen apetito, conversó alegremente, y á las dos de la mañana llamó á un mozo, pagó su escote, pidió un carruaje y se retiró.

Habia estado encantadora, pero tan comedida en su lenguaje, que ninguno de los jóvenes se atrevió á tratarla familiarmente á pesar de la extraña situacion en que se encontraba.

Cuando salió de la fonda ninguno de ellos se atrevió tam-

poco á seguirla. Parecia una princesa que habia terido á bien divertirse un cuarto de hora entre sus vasallos.

Lo cierto es que la dama en cuestion pertenece á la buena sociedad de Paris, que aun no ha cumplido treinta años, que es muy linda y que nadie ha puesto jamás su virtud en tela de juicio.

¿Porqué motivo pues quiere comprometerse de ese modo?

Porque su marido no la ama; se casó con ella por la razon de que es rica, muy rica, y ella quiere darle pretexto para una demanda en separacion; desea armar un escándalo, y se imagina que así su esposo tratará de romper la cadena que los une; pero ¡ay! las cadenas de oro son muy sólidas; mucho tememos que la esposa desdénada no se salga nunca con la suya.

Hace pocas noches se paseaba por el boulevard deslumbrando á la gente un carruaje con dos faros ambulantes que alumbraban como dos soles: era una experiencia que se hacia aquí por primera vez con el gas portátil.

Desde el año 1796, época en que el ingeniero francés M. Lebon creó la teoria del alumbrado del gas, esta industria ha adelantado mucho. El inglés Murdoch fué el primero que hizo una explicacion en el taller de construccion de máquinas de vapores de Watt y Bolton cerca de Birmingham en 1802.

En 1812 se formó una compañía para establecer en Lóndres el nuevo alumbrado. En 1815, Winsor que habia puesto ya los aparatos en Hamburgo y en Brunswick antes que en Lóndres, vino á Paris, y dos años despues alumbró el pasaje de los Panoramas.

Mucho tiempo debió pasar aun antes que la ciudad de Paris disfrutara de las ventajas del nuevo sistema.

Ahora el gas portátil quiere luchar contra el gas corriente. El gas portátil se usa ya, le llevan hasta la puerta de las casas en un carro del que pasa por un tubo al depósito particular; pero el conducto en cuya boca se prende la luz debe estar siempre inmóvil.

Esto es lo que se quiere cambiar; se quiere hallar el medio de comprimir el gas en las lámparas para que puedan llevarse en la mano como una simple bugía, lo cual ha principiado á lograrse, como lo demuestra la experiencia del carruaje con los dos faros.

Hace un mes el *Monitor* contenia una nota en la que se decia que el gas portátil se usaba actualmente en América para el alumbrado de algunos trenes en los ferro-carriles, y se añadia que era extraño que en Francia no se intentase nada por el estilo. Esta nota llamó altamente la atencion del director de la compañía del gas portátil, que sin saber cuáles son los procedimientos empleados en América resolvió hacer mas de lo que se hace allí.

En América se aplicó el gas portátil al alumbrado de un tren; en Francia se ha querido hacer una aplicacion de un uso mas general, y ya se ha encontrado el medio de aplicar el gas á los carruajes. El aparato dispuesto para este fin, de pequeño vólvum, lleno de gas comprimido y sin ninguna posibilidad de explosion, puede suministrar luz á dos faroles durante 52 horas y mediante un céntimo por hora.

Este aparato se experimentaba la otra noche. Ahora bien, puesto que se puede alumbrar un carruaje, no hay duda que se pueden hacer aparatos mas grandes para los vagones y para los buques.

Es de creer que dentro de poco todos los trenes llevarán esos astros ambulantes que se podrán distinguir á largas distancias.

En suma, falta únicamente la aplicacion á las lámparas caseras del modo que hemos dicho, en cuyo caso el gas portátil merecerá enteramente ese nombre.

MARIANO URRABIETA.

Ensayo histórico-crítico.

SOBRE LOS POEMAS DE HOMERO.

Hace tres mil años que un poeta griego imprimió en sus obras inmortales el sello divino de su ingenio, y desde tiempos tan remotos, al través de tantas mudanzas, viniendo á tierra con estrépito vastos imperios, derrumbándose edificios seculares, desapareciendo unas civilizaciones para dejar su puesto á otras, confundiendo y alterándose las lenguas, agitándose los pueblos y cambiando continuamente de residencia, modificándose los gobiernos, huyendo en fin el Olimpo con sus dioses y sucediéndole la cruz, modesto símbolo de nuestra redención, y ahora como antes, los griegos como los latinos, los cristianos como los gentiles, los clásicos como los románticos, la antigua y la moderna crítica, todos á porfia han tributado á esos poemas su homenaje de admiracion, todos han reconocido en ellos algo que les pertenece, todos han intentado levantar monumentos que los oscurecieran ó igualasen; y sin embargo, no solo han sido siempre los primeros en el orden cronológico, sino lo que es mas importante, en mérito literario.

Y no obstante esto, la generacion presente descuida su estudio y cree que la vuelta del clasicismo es tan imposible como la de las antiguas instituciones políticas; y ávida de nuevas emociones, enemiga de lo pasado y empeñada en la vana tarea de descifrar los enigmas de lo futuro, busca tambien en la poesia nuevos goces, y se inquieta poco en averiguar por sí misma si es cierto lo que ha leído en los libros, y si las bellezas de esas producciones son tales como se dicen. Nosotros somos demasiado insignificantes para constituirnos en maestros y enseñar á los demás, teniendo tanto que aprender; pero se nos ocurre una reflexion muy sencilla que nuestros lectores apreciarán en lo que vale: el estudio de la Eneida precedió á los cantos épicos del Dante; el de las obras de arte de los antiguos, en pintura, escultura y arquitectura, á las que han sido el orgullo y la

alegría de los siglos que les sucedieron: en una palabra, la literatura y las artes no se forman de improviso presentando caracteres distintos y opuestos, sino que después de beber en esas fuentes primitivas, después de recoger los frutos de las pasadas generaciones, y sintiendo en sí mismas capacidad suficiente para crear, se lanzan por nuevas sendas, é impulsadas por esa fuerza oculta y misteriosa que siempre nos hace caminar hacia adelante, modifican con poderosa energía esos elementos, los revisten de nuevos caracteres, los imprimen nueva vida y dejan esa herencia á la posteridad para que haga con ella lo que ella misma hizo con la que le legaron sus ascendientes. La literatura alemana de fines del siglo pasado y principios de este, no es otra cosa que la perfecta combinación de las formas clásicas con el pensamiento nacional; y todos sabemos cuán grande ha sido su gloria, cuán admirada por las demás naciones y qué frutos tan óptimos ha producido; deduciéndose de lo expuesto que la negligencia en el estudio de los clásicos solo prueba la falta de vida poética propia de nuestros tiempos, ó una ignorancia vituperable del influjo provechoso que puede ejercer en la literatura nacional.

Y sin embargo, ¡cuántos gozes desconocidos á las gentes vulgares sentimos al leerlas! ¡Qué magníficos panoramas se descubren á nuestra vista! ¡Qué perfecta armonía entre el fondo y la forma; entre el pensamiento y su expresión! Posible es no obstante que haya organizaciones imperfectas que no puedan percibir sus bellezas, ni estimar en lo que valen su vigor y lozanía poéticas: pero es indudable que cuando nos trasladamos con la imaginación de los tiempos prosaicos en que vivimos, de la monotonía que por todas partes nos rodea, de la consideración del ciego culto que casi todos tributan al ídolo dorado de Baal, de la exactitud casi matemática con que están fijados y definidos nuestros derechos y deberes, del círculo positivista y perpetuo que recorren siempre nuestras acciones, y penetramos en ese mundo encantado, lleno de animación y de vida, de sentimiento y poesía, en que se confunden é identifican lo espiritual y lo corporal, revistiéndose los dioses de las formas humanas mas perfectas, poblado los aires, los mares y los bosques, enlazándose con los hombres por los héroes ó semi-dioses, tomando parte activa en sus luchas y contiendas, inspirando á sus poetas y artistas, á ese mundo de héroes, dotados de libertad omnimoda en sus acciones, ansiosos de gloria y de renombre, acometiendo con fe y perseverancia admirable hazañas inauditas, considerando los peligros como gozes, y la muerte adquirida con gloria como sobrada recompensa de sus merecimientos, sin calcular nunca el resultado de sus acciones, sino guiados por las inspiraciones de su fantasía, sentimos entonces la misma impresión que nos produce la primavera después del invierno, un paisaje ameno después del desierto, la alegría después del dolor, un canto armonioso después de un profundo silencio.

Pero los poemas de Homero no nos interesan solo por su poesía, que es la poesía de la naturaleza, variada como esta en sus formas é inagotable en su fondo, fresca también y lozana como los bosques vírgenes del Nuevo Mundo. La importancia de la Iliada no consiste solo en su mérito como obra de inspiración y de arte, puesto que dejaría de ser un poema nacional, Biblia en fin de un pueblo que resume cuanto se sabía en su época y se creía por su religión, ofreciendo vastos cuadros de todas las costumbres de su tiempo ya relativos á la vida pública, ya á la privada. Estos poemas admirables presentan á la vista del lector todo un mundo que desapareció ya de la tierra en su ciencia, en su religión, en sus artes y en su derecho, con la diferencia esencial de que no nos lo enseña valiéndose de áridos discursos y secas y desnudas investigaciones sujetas en su desenvolvimiento á un fin intelectual y prosaico, sino en grandes rasgos llenos de vida y de movimiento, interesantes á la vez por su colorido nacional, por la perfección de cada una de sus partes, y por su estrecha relación con el todo, por la sencillez y belleza del conjunto, por la variedad y grandeza de las imágenes, por lo ingenioso del argumento, y por la especial naturaleza de los caracteres de los personajes.

Sin embargo, así como la soberbia encina que mece su copa entre las nubes no consigue su esplendor y altura en un solo día, sino que el germen que la produce necesita también del benéfico influjo que sobre él ejercen á un tiempo el sol, el agua, la tierra, la luz y los vientos, así también la poesía épica griega, tal como aparece en los poemas de Homero, no se desarrolló de repente, alcanzando desde luego las formas perfectas con que hoy la conocemos. En efecto, así la Biblia hebrea, como Varron, Vico y Krause, han afirmado que las edades ó épocas capitales de la vida de la humanidad son tres: la edad de los dioses ó período divino en que la voluntad del hombre estaba en cierto modo absorbida por la de Dios, la edad heroica, en que comienza el libre curso de la misma, si bien conserva ciertos vínculos inmediatos con la divinidad, y la edad humana en que el hombre se separa aun mas del comercio y trato con seres superiores desvolviéndose paulatinamente en su imaginación, en su corazón y en su inteligencia. En el primer período aparece la poesía lírica como expresión de amor y reconocimiento al Creador, si bien conserva un carácter épico, puesto que no se desenvuelve en toda su extensión hasta que se convierte en eco armonioso de nuestros sentimientos, después de conocer el mundo de la naturaleza y el del espíritu, y las relaciones que los unen: al segundo corresponde la poesía épica con su carácter puramente externo ó obje-

tivo, teniendo por fin la representación plástica de la actividad humana: y al tercero, la poesía dramática que comprende á la lírica y á la épica, puesto que nos ofrece una acción determinada, cuyos resortes principales provienen del carácter y pasiones de los personajes que la ejecutan. Cada uno necesita por consiguiente un mundo especial, y como no todos los pueblos ofrecen las condiciones necesarias para que llegue á su perfección, por eso no tienen todos verdaderas epopeyas, ya que nosotros entendemos por tales las que nacen del sentimiento nacional y lo expresan en su esencia, no las creaciones artísticas de la imaginación del poeta que obra principalmente por espíritu de imitación y de rivalidad poética. De aquí es que en toda epopeya han de cumplirse los tres requisitos siguientes: edad heroica del pueblo señalada por hechos memorables: encarnación de estos hechos en el corazón popular con una forma poética; y fusión de estas tradiciones en un vasto todo, desvolviéndose con cierto sosiego en una acción que exprese todo lo que debió existir en la edad heroica á que se refiere.

Cumple pues á nuestro propósito exponer con brevedad el estado de la epopeya griega antes de Homero, ocupándonos después sucesivamente del exámen de la Iliada y de la Odisea, y analizando las bellezas y defectos que tiene en sus relaciones con la poesía el cuadro que sirve de base á la acción, ó el mundo que representa la acción misma que en él se desenvuelve, los caracteres de los personajes que la ejecutan y la mayor ó menor perfección de sus detalles.

La edad heroica se distingue fácilmente de las demás por el predominio de la imaginación sobre la voluntad, por la fuerza y energía de esta, por la imperfección de las relaciones sociales que deja mayor libertad á los individuos, por el movimiento y la agitación de la vida de estos, y por las luchas frecuentes que ese estado promueve. Concurrió con ella en la Grecia la influencia que tuvo el suelo, cortado por innumerables montañas y rodeado en su mayor parte por el mar, lo que fué causa de que se aislaran los estados y se empeñaran en contiendas infinitas, en las que descollaron algunos individuos que personificaron después la edad heroica. Por otra parte, la raza pelágica y helénica sobresalía por su hermosura y su vigor, por su viva imaginación, por su entusiasmo por la belleza en todas sus formas: hablaba una lengua armoniosa y rica; tenía una religión poética hasta en sus ritos mas insignificantes y vida pública, y era celosa de su libertad, y artística por excelencia. No es extraño por tanto, que ya desde la mas remota antigüedad existiesen tradiciones poéticas que como las de Bellerofonte, Perseo, Baco, Hércules, Teseo, la guerra de Tebas, la expedición de los Argonautas y la guerra de Troya ocupasen vivamente la imaginación de los poetas, que sacaban sus inspiraciones de diversos ciclos ó períodos poéticos, y que son conocidas con los nombres de Argonauticas, Dionysiacas, Thebaidas, Epigonias, Heracleidas, Theseidas, Alceonidas, Edipodeas, etc., si bien todas ellas pueden reunirse y formar un período ó ciclo especial que se ha llamado mítico, anterior al Troyano, que produjo también innumerables epopeyas. Sin embargo, si la razón y la experiencia nos enseñan que todos los pueblos tienen su edad heroica, y que en todos existen también elementos épicos mas ó menos perfectos, que esperan la llegada del poeta para ser fundidos en un todo y presentados después con una nueva forma al mismo pueblo que los creó con su espíritu; no en todos los pueblos aparecen esos seres privilegiados que por sus dotes personales, por la época en que viven y por los sentimientos que los animan, se hallan en estado de aplicarles su ingenio y el vigor de su imaginación para crear obras poéticas de indisputable mérito que ofrecer á la posteridad. No basta seguramente que existan esos elementos épicos, como tampoco bastan las piedras, los colores, el lienz y los sonidos, para que haya edificios, estatuas, cuadros y música; es necesario también que aparezca un hombre superior que se apodere de esos materiales y los sujete al fuego de su inspiración; es también necesario, *si licet maxima componere parvis*, que el poeta en su esfera finita les imprima con su ingenio la vida de que carecen, como eco lejano de la vida inmensa que Dios imprimió en sus criaturas infundiendo el ser á lo que no era.

Sin embargo, nada puede hacer el poeta por sí mismo, aun reuniendo todas las condiciones necesarias (que son mas numerosas de lo que vulgarmente se cree) si no vive también en una época á propósito, tan lejos de los tiempos heroicos que ha de describir como de la perfección civil que le sucede; y en este sentido podemos decir que el verdadero poeta épico es un anacronismo, porque ni pertenece completamente al tiempo en que vive, porque sus ideas, sus inclinaciones y su imaginación existen solo en los tiempos que pasaron; ni tampoco á esas épocas heroicas, porque no le es posible abstraerse por completo de la atmósfera que le rodea; en una palabra, debe encontrarse en una situación análoga á la de Tácito cuando escribía sus famosas obras: odiaba lo presente, sobre todo cuando lo comparaba con lo pasado, cuando examinaba los miserables pigmeos que le rodeaban con los gigantes ciudadanos de los tiempos de la república, la grandeza real de Roma en aquel período con el oropel que la cubría entonces á sus ojos; y suspirando por lo pasado y odiando lo presente, penetraba con inmensa fuerza en el corazón de los hombres, revestía á sus pensamientos de la tinta sombría que cubría á su alma, y la energía imponderable de su imaginación se mostraba también en la profundidad de sus sentencias, en los rápidos ras-

gos con que describía los hombres y las cosas. Lo mismo ha de suceder al poeta épico que merezca realmente este nombre. Su vida se ha de agitar en lo pasado, su intuición, valiéndose de las tradiciones, de los recuerdos de su infancia y de su pasión, ha de recorrer minuciosamente los tiempos que fueron abstrayéndose completamente de lo existente, y encarnándose, por decirlo así, en los hechos anteriores, para comunicar al lector el interés que él mismo siente por ellos.

Peró sin duda no basta que los poetas épicos describan con mayor ó menor acierto episodios mas ó menos notables de la vida de un pueblo para constituir en su ideal el poema épico por excelencia, como lo vemos en todas las epopeyas de las diversas naciones; y del mismo modo que el hombre no alcanza desde luego su razón, sino que necesita de un continuo ejercicio y de las luces de la experiencia para combinar de diferentes modos sus ideas y darse cuenta después de esos fenómenos, del mismo modo la poesía épica griega, tal como la conocemos en las tradiciones conservadas acerca de las obras anteriores á Homero, no era la expresión fiel del sentimiento nacional, puesto que por los héroes que celebraba, por el lugar á que sus hazañas se referían, y por el nombre mismo de esas epopeyas, vemos desde luego que ninguna puede compararse con la Iliada, que intentó describir una guerra memorable en que tomaron parte todos los pueblos de la Grecia, unos en pro y otros en contra, aun cuando el poema en sí no sea mas que un episodio, ya que solo de esta suerte podía ofrecer el interés inseparable de esta clase de composiciones. La perfección que alcanza el hombre en los objetos á que aplica su actividad, no es obra de un día ni mucho menos; primero que se reúnen y forman esos materiales que ha de convertir en propia sustancia, necesita disponer de una lengua mas ó menos armoniosa y rica, de modelos que imitar ó perfeccionar; aunque su estudio produzca el nacimiento de formas nuevas distintas de las primeras, necesita conocer el punto de donde parte y aquel á que se dirige, y solo de esta suerte le es permitido reasumir en sus obras todas las excelencias de las que le precedieron, y ofrecerlas en homenaje á los hombres que han de sucederles, para que no se rompa nunca ese hilo misterioso y perpetuo que comienza en nuestros primeros padres y continuará mas adelante por mas ó menos tiempo. Y en efecto, nos sorprende á prime a vista que haya sucedido con los poemas de Homero lo que con el sol respecto de los demás astros, que desaparecen por completo de nuestra vista al asomar aquel por el horizonte. De todos los innumerables poemas que explotaron después los dramáticos y líricos griegos, solo restan los de Homero, como se comprende fácilmente teniendo en cuenta que era el mas perfecto que oscureció con su brillo el de todos los demás, y que habiendo llegado á formar una parte esencial de la vida de la nación, no fué posible al tiempo ejercer sobre ellos su destructora influencia. Acaso no hubo ningún héroe celeberrimo que por sí ó por sus ascendientes ó descendientes no apareciese en la Iliada ó en la Odisea, viéndose en ambas famosos representantes de todos los pueblos helénicos. La Iliada, en fin, era un foco inmenso que iluminaba con sus rayos á toda la Grecia, y al cual no podía renunciar sin desprenderse también de su existencia.

Peró la poesía griega había recorrido antes de Homero la senda que llevaba de la Grecia al Olimpo, y ya en tiempo de este poeta descendía de los dioses á los héroes, hasta que mas tarde continuase hasta los hombres. Después de las Teogonias, de las Titanomachias y Gigantomachias en que los poetas no se separaban nunca de los dioses, y contaban sus hazañas y peligros; agotados ya estos asuntos, y habiendo perdido el carácter sacerdotal y sagrado de los primeros tiempos, era natural que sus cantos tuviesen por objeto los grandes hechos de los héroes, vínculo que unía á los dioses y á los hombres. El sumo cuidado que Homero tiene con las genealogías, las tradiciones que han llegado hasta nosotros y la experiencia que nos suministra la historia acerca de la repetición de los mismos hechos en períodos semejantes, nos hacen creer que los rapsodas de la Grecia fueron muy parecidos á los trovadores y trovadores provenzales, á los Minnesänger de Alemania y los Menestrelles de Inglaterra. Hay motivos para presumir que su vida era errante como la de aquellos, que disfrutaba del aprecio y consideración de todos sus conciudadanos, y que los reyes, los pueblos y los particulares les acogían y agasajaban. Y en efecto, así podemos comprender los conocimientos que Homero nos ofrece de las diversas localidades de la Grecia, y cómo pudo reunir en sus epopeyas todas esas tradiciones que sin duda existían ya en el pueblo aisladas y sin formar un todo poético; y así también nos explicamos la oscuridad en que se halla envuelta su vida, que ha dado ocasión á negar su existencia, y á que Perrault y Aubignac en Francia, Bentley en Inglaterra, Vico en Italia y Wolf en Alemania, lo mirasen como un mito ó símbolo nacional. Sin embargo, como toda opinión extravagante y absurda lleva en sí misma el germen que ha de darle la muerte, y pasó ya por fortuna la feliz y crédula época en que todo se redujo á mitos, hoy no habrá ningún crítico de sentido común y mediana instrucción que dude de la existencia del Homero, autor de la Iliada y de la Odisea, lo que no se opone á que nosotros pensemos que acaso estos poemas no ofrecían una perfecta identidad con los que nosotros conocemos, puesto que se sabe que se corrigieron y compilaron en épocas diversas, si bien se puede afirmar desde luego que en su esencia no sufrirían la mas leve alteración.

EDUARDO MIER.

Dieppe

Y SUS CERCANIAS.

La ciudad de Dieppe tiene dos aspectos muy diversos segun las estaciones; es una ciudad bulliciosa en el verano y muy tranquila en el invierno. Pero lo que no cambia en ella nunca es su hermosura incomparable con las magnificencias de un espectáculo natural alternativamente grandioso, risueño ó pintoresco, segun el punto de vista en que uno se coloque. Para descubrir el panorama mas admirable de Dieppe, es preciso subir á la cumbre del peñon del Este que domina el arrabal del Pollet. A medida que se gana terreno por esa elevacion, el horizonte del Océano se ensancha de un modo



La ciudad y el puerto de Dieppe.

extraordinario; si el viajero desvía los ojos del mar, descubre á sus piés las casas del Pollet, Dieppe y su puerto erizado de mástiles; cuadro precioso, rico en colorido y en detalles, limitado en el horizonte por la roca del Oeste donde se encuentra el viejo castillo, monumento del espíritu guerrero del siglo XV.

Como todas las ciudades marítimas, Dieppe tiene su toco de actividad al borde de la mar. Hé aquí la hora de la marea alta: las familias de los pescadores del Pollet suben la cuesta, miran á lo lejos, y en esa vela que apenas se descubre, reconocen al instante un barquichuelo que esperan. El viento y la marea acercan al puerto rápidamente todas esas velas que se



La bendicion del mar en el muelle de Dieppe.

siguen como una bandada de aves marítimas; hombres, mujeres y niños corren á la orilla del agua, y se mezclan con la muchedumbre que acude para asistir á una ceremonia religiosa de un carácter profundamente tierno: es la bendicion del mar.

En presencia de ese elemento inconstante y lleno de peligros, esa poblacion que le confia cada día sus votos y sus esperanzas se arrodilla con un piadoso recogimiento y mezcla sus plegarias con las del sacerdote que derrama el agua consagrada sobre las olas eternamente en movimiento, implorando al Señor para que se sirva encadenar las tempestades; escena imponente en su sencillez, cuya



El parque de las ostras en Dieppe.

pompa está en la grandeza del teatro limitado únicamente por la inmensidad del cielo y del mar.

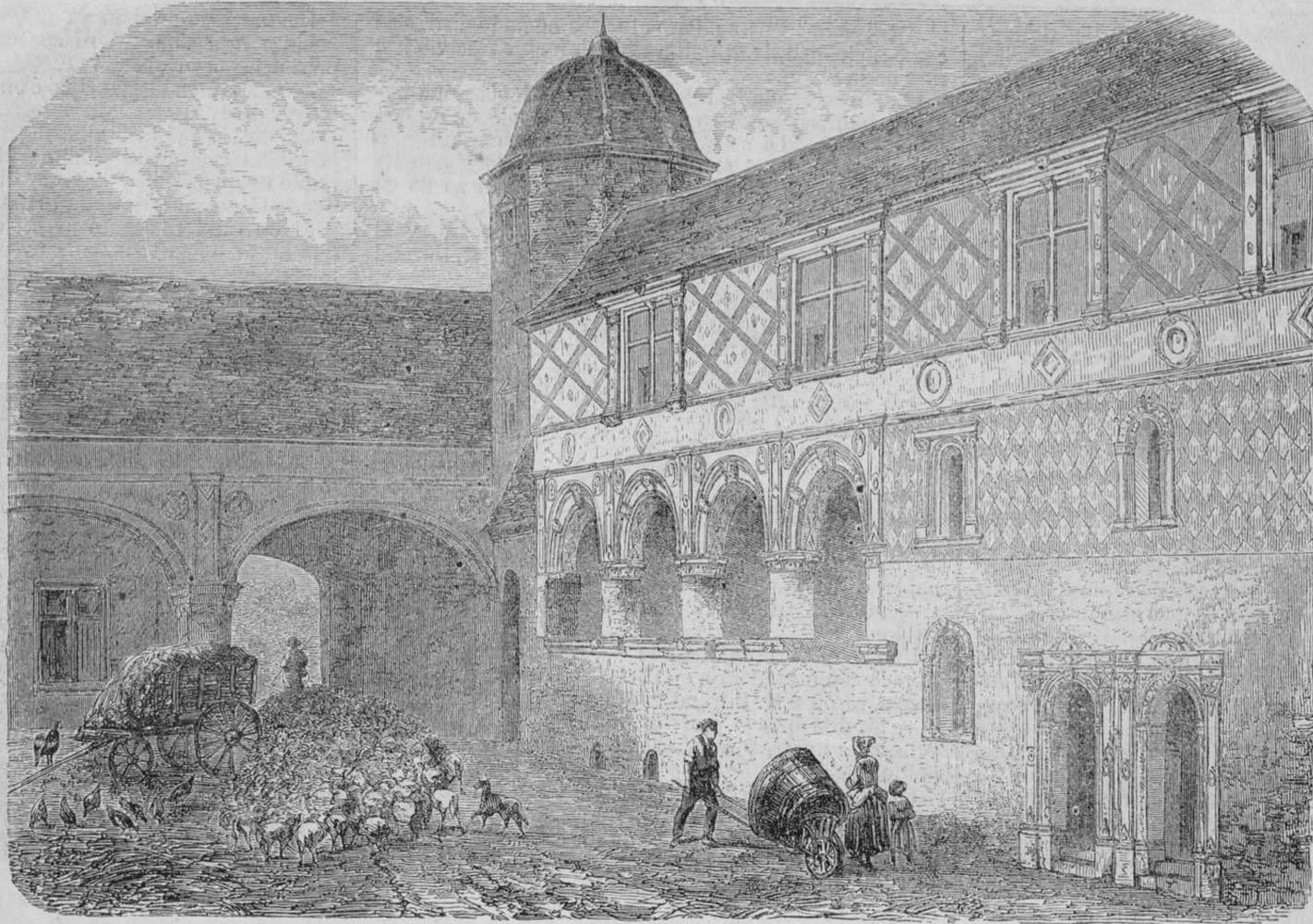
En el verano la variedad constituye el encanto de la vida de Dieppe. A las emociones producidas por la contemplacion de una naturaleza pintoresca suceden los placeres de la vida parisiense, las funciones de teatro, los bailes, los conciertos y todas las diversiones propias de una clase cuya única ocupacion consiste en disipar las horas agradablemente. Como en todos los centros del lujo y de la moda, las mujeres ocupan el puesto mas importante. La elegancia es aquí una necesidad en el tiempo que duran los baños.

El arrabal del Pollet

tiene otras ocupaciones y otras costumbres. Aunque cada día pierde una parte de su carácter sencillo, aunque la originalidad del traje se va borrando ya, no se nota aun la coquetería moderna. La industria de la pesca es allí el gran recurso, y los detalles variados de esa profesión forman todo el movimiento que anima al arrabal. No hay para que añadir que las mujeres toman parte en esas duras tareas.

Preciso es entrar en Dieppe para hallar señales de una sociedad mas fina. La calle Mayor es muy hermosa. Por ambos lados anchas aceras facilitan la circulación. Largas filas de personas desocupadas se detienen ante las muestras de las tiendas para admirar los delicados encajes de marfil que son una industria antigua de los obreros de Dieppe, y las lindas estatuillas de barro cocido que han hecho la reputación de un artista de la ciudad. En esos almacenes de lujo se reúnen por la noche los forasteros que no cantan, ni bailan, ni son amigos de ir á tomar calor al teatro.

La gastronomía puede considerarse como uno de los goces de la ociosidad. Para una persona desocupada la comida es asunto importantísimo. Dieppe ofrece en cuanto á esto grandes recursos. Los habitantes de la ciudad dicen que allí se come tan bien como en París; por mi parte creo que hay alguna ilusión en este punto.



El castillo de Ango, en Varengeville.

Las personas que quieren pasar un momento agradable van á almorzar al parque de las ostras, que es una zanja grande dispuesta con una empalizada para retener el agua. El interior se halla dividido en compartimientos; las ostras que los barcos traen de Cancale y de otros puertos del Oeste se depositan en esos receptáculos alimentados por la marea, y que se conservan llenos por medio de compuertas. Dejan algun tiempo á las ostras en el parque, y las pescan con un rastrillo á medida que las piden los consumidores. El parque tiene una dependencia donde se encierran y disponen

ra sus compatriotas el mas duro de los amos y una especie de tirano insufrible.

Pero recibió el castigo de su orgullo; sus conciudadanos se volvieron contra él, y debió restituir la mayor parte de sus riquezas á los que habian contribuido á su elevación. Con frecuencia son olvidados hombres mas recomendables. Si la memoria de Ango merece conservarse, es únicamente como ejemplo de una insolente tiranía reprimida por el derecho. Ya de los vestigios del esplendor de aquel monarca improvisado, solo queda el castillo que lleva su nombre en Varengeville, que

las que se mandan á Paris.

Otra diversion de un género menos pantagruélico, pero no menos interesante es la visita que todo forastero, un poco *dilettante delle belle cose*, debe á los monumentos históricos. Dieppe ha cortado sobre todo ilustraciones marítimas, y el nombre del célebre Juan Argo vivirá durante mucho tiempo en la comarca. La historia de ese famoso marino, que fué una especie de nabab normando, es muy conocida. Sus acertadas empresas le produjeron grandes riquezas y mucho poderío. Tuvo el privilegio extraordinario de tratar con los príncipes extranjeros y de recibir en su casa al rey Francisco I en persona. Y no obstante, ese hombre no tenia en el fondo ninguna de las cualidades que constituyen la verdadera grandeza. Se cegó con su fortuna, y llegó á ser pa-



El castillo de Dieppe.



El castillo de Arques.

hoy sirve de granja, y donde apenas subsisten algunas piedras del antiguo edificio.

Un nombre mas querido es el de Abraham Duquesne, el ilustre almirante á quien la marina francesa debió tanto brillo bajo el reinado de Luis XIV. La ciudad de Dieppe, en donde nació, tuvo la feliz idea de erigir á la gloria de ese valeroso marino la hermosa estatua que adorna la plaza.

El castillo de Dieppe que se encuentra situado en una posición pintoresca y desarrolla en la cresta de las rocas sus altas murallas flanqueadas de torres y bastiones, es un monumento curioso de la arquitectura militar del siglo XV. Fué comenzado por Carlos VII para resistir á los ingleses. Muchas partes de esa ciudadela son de un tiempo mas reciente; los alojamientos y las caballerizas son de fines del siglo XVI y principios del siguiente. El castillo, de un plano y una construcción muy singulares, domina la ciudad y el mar. Entre los gobernadores que han ejercido la autoridad militar en esa plaza se citará siempre con respeto el nombre de Sigonges, que fué del corto número de los comandantes que no se prestaron á las sangrientas ejecuciones de la noche de san Bartolomé.

Estando en Dieppe no se puede menos de ir á visitar el precioso valle de Arques. Pocos sitios ofrecen un paisaje mas agradable y recuerdos de mas alto interés. Arques, ciudad principal en otro tiempo del condado de Talou, es hoy una aldea situada á una legua al Sudeste de Dieppe. Los curiosos van por agua siguiendo por entre las praderas las sinuosidades del Arques, á la sombra de los árboles. La aldea se presenta de lejos sobre el declive de una cuesta. Casas diseminadas y medio ocultas como nidos de pájaros aparecen en medio de un terreno montañés, donde se destaca el campanario de una bonita iglesia del siglo XVI, cuyo interior está lleno de maravillosos detalles de ornato.

Este valle fué teatro en diversas épocas de sucesos considerables en la historia. El castillo del que solo queda ya una masa informe, tuvo en la edad media una gran importancia militar. Fué la muralla principal de la Normandía por el Norte. En el país vive todavía el recuerdo de las grandes luchas de los Plantagenets y de la corona de Francia. Durante las guerras de religión, Arques, fiel al catolicismo, sostuvo acciones sangrientas con los protestantes de Dieppe. Despues se declaró por la Liga y cayó por sorpresa en poder de Enrique III.

La batalla que Enrique IV dió á Mayenne en 1589 en el valle de Arques, ha dejado un recuerdo imperecedero. El papel de Arques concluyó en aquella brillante jornada. Los ensanches que tomaba Dieppe preparaban hacia tiempo ya la caída de la antigua capital del Talou. La ciudadela llegó á ser una obra inútil, y vemos que en tiempo de Luis XIV esa fortaleza solo estaba guardada ya por un gobernador y dos adjuntos, que entre todos cobraban de sueldo 119 libras, 18 sueldos. En 1722 el ministerio pidió la demolición de esa plaza inútil; la demanda se renovó en 1733, y entonces se acordó lo pedido concediendo á varias personas de Dieppe el derecho de llevarse las piedras.

Este permiso, que se extendió despues á todos los habitantes, concluyó rápidamente la destrucción del viejo castillo. Hoy solo quedan de él las murallas de recinto y algunos fragmentos de las obras que le rodeaban, como el foso, las torres y los bastiones. Esas ruinas, que aun en su estado actual dan la idea de una plaza sumamente fuerte, pertenecen hoy á M. J. de Reiset. Un bajo relieve de mármol blanco, ejecutado por Guayrard, y que representa á Enrique IV, está aplicado sobre la cara interior de la puerta ogival que abre el segundo recinto. En una de las torres que se conserva mejor, á la esquina del castillo que domina el valle, M. de Reiset ha hecho disponer una sala en forma de kiosco. Los curiosos pueden ver en medio de esas ruinas el plano del viejo castillo y sus disposiciones interiores.

C. M.

EL CABALLERO JOLYOTTE.

(Continuacion.)

Permaneció un minuto silenciosa, y despues añadió, como si quisiera completar su pensamiento:

— Vuestra prima tiene mucho entendimiento y mucho tacto...

— ¡ Ah! exclamó Estéban.

— ¿ No lo habeis notado aun?

Y un aire de sorpresa se pintó en su rostro; pero el coche se detuvo, y la pregunta que ya se leía en sus ojos no vino hasta sus labios.

— Mi padre os daría las gracias por vuestra complacencia si estuviera en casa, dijo Luisa, pero son las seis y nunca llega hasta eso de las siete.

Estéban la manifestó la esperanza de que otra vez podría ser mas dichoso si ella le permitiera presentarse en su casa.

— Seria incomodaros sin la certidumbre de hallar á nadie, repuso Luisa.

Y saludando desapareció rápidamente.

El resultado de este paseo fué que el recuerdo de la duquesita se grabó mas profundamente en el ánimo de Estéban. Le seguía por todas partes, hasta en el ministerio, donde un día por distracción, en lugar de redactar un despacho, trazó en el papel una imagen, que era el retrato de Luisa.

— ¡ Ah, esto es demasiado! exclamó; y desgarrando

el papel se fué á paseo. Pero el paseo no pudo distraerle como no le distraía ninguna cosa. Entonces resolvió ir á casa de la jóven.

El edificio donde M. Durand y su hija tenían una pequeña habitacion estaba situado en el fondo de un jardín silencioso. La construcción era de forma antigua. Por una casualidad singular aquella huerta y aquella casa entre los árboles le recordaron la casa de su tia en Dijon, donde habia pasado su infancia.

Permaneció un rato entregado á sus recuerdos, y al cabo llamó; una vieja criada abrió la puerta; M. Durand estaba en casa.

El jóven entró y se halló en presencia del anciano á quien habia visto en el baile de la baronesa, que estaba sentado en un sillón de vaqueta verde delante de la lumbre. Hallábase envuelto en un leviton, muy ocupado en hojear unos libros viejos que tenia al lado.

Estéban dió su nombre; M. Durand se inclinó y le señaló un asiento. Sin tener pensado lo que diria, comenzó por recordarle las circunstancias en que le habia visto; M. Durand no las habia olvidado. ¿ Qué decir luego para justificar su visita?

Como sus ojos se dirigian á todas partes se fijaron en dos retratos que representaban á los padres de Luisa; los habia pintado un artista famoso.

— ¡ Qué magníficos retratos! exclamó Estéban levantándose.

Uno de ellos recordaba á la duquesita; era la misma mirada con mas alegría en el rostro. Los ojos de Estéban demostraron á M. Durand lo que pensaba.

— Sí, dijo el viejo profesor, nunca veo ese retrato sin pensar en Luisa, y nunca veo á Luisa sin pensar en su pobre madre.

Este doble recuerdo enterneció la fisonomía de M. Durand, y entonces principió á tomar cuerpo la conversacion; pero la presencia de aquellos dos retratos de un maestro cuyos lienzos tenían un valor excesivo, aumentó la zozobra de Estéban. Nada en aquel modesto interior estaba en armonía con los cuadros, y este era un nuevo enigma á los ojos del jóven.

La conversacion dió á conocer á Estéban que M. Durand podia pasar por un hombre instruido. Cuando el reloj dió las siete entró Luisa, que saludó friamente á Estéban; descubriase cierto descontento en su acogida, y aunque se mostró muy cortés, no salió de su reserva.

El jóven se despidió y salió; únicamente en la calle le vino á la memoria que habia convenido con M. Durand en tomar lecciones de una lengua extranjera.

Un mes despues tres veces por semana acudia Estéban á aprender el español. Las lecciones se prolongaban á veces hasta las seis; se hablaba un poco de todo, llegaba Luisa, y entonces la conversacion tomaba mas incremento.

Estéban no habia podido explicar el encanto que habia en aquella casa, aunque nunca estaba solo con la duquesita, pero con mas dificultad habia explicado porque no habia dicho nada de sus visitas á la baronesa. ¿ Temia preguntas indiscretas sobre aquella afición á los idiomas que le habia hecho saltar del español al portugués cuando concluyó los primeros estudios? Su calidad de empleado en el ministerio de Negocios Extranjeros no podia justificarle enteramente.

Entre tanto las maneras de Luisa no variaban; mostraba siempre la misma reserva con cierta indiferencia que le parecia afectada. Lo que sí habia observado era que su prima Aglae le recibia mejor desde que se habia dedicado al estudio de las lenguas.

Al cabo de mes y medio habia echado de ver que todos los sábados Luisa se ponía un vestido negro de seda, el único de lujo que poseía. Su padre se engalanaba con un casaca antiguo, chaleco blanco y corbata de muselina. A veces la jóven se adornaba con un lazo de cinta en la cabeza.

Ciertos olores que sorprendían al bajar la escalera le revelaban la existencia de preparativos culinarios inusitados. Había en toda la casa un aire de fiesta; sin duda esperaban alguien. Luisa se mostraba siempre preocupada, y á todas sus indirectas sobre el asunto respondía de un modo evasivo.

— ¡ Qué diablo! exclamó para sí; en todo esto hay un desconocido.

Y á este pensamiento siguieron naturalmente estas palabras:

— ¿ Porqué no seré yo otro desconocido?

Hecha esta reflexion mandó inmediatamente un ramillete á Luisa.

La jóven recibió las flores y las puso en un jarro; y al verle le dió las gracias por su amabilidad con una serenidad de buen tono.

El viejo profesor estaba allí, y aquella franqueza no fué muy agradable para el jóven; ya no habia secretos entre ella y él. Sin embargo, una especie de despecho le hizo continuar sus regalos. El sexto ramillete estaba ya en la casa, cuando al llegar á ella por la tarde Estéban descubrió á Luisa repartiendo flores á tres ó cuatro niños en el jardín.

— Son muchas flores en poco tiempo, le dijo con una sonrisa seria.

— Mi padre os está esperando.

Estéban subió sin responder.

— Parece una gran señora esta jóven.

La casualidad quiso que M. Durand convidase á comer aquel día á Estéban, porque una señorita á quien su hija daba lecciones le habia regalado un faisán y no era tiempo de caza.

Por curiosidad, mas que por otra cosa, aceptó Estéban.

Las flores no estaban ya en los jarros.

Luisa no se mostró ni contrariada ni alegre con la presencia del jóven.

— ¿ Estaré en el principio ó en el fin, se preguntó Estéban.

La comida fué insignificante. Sin embargo salió con la cabeza ardiente. Resuelto á concluir de una vez escribió una carta muy larga, y dió órden al criado para que la llevara á Luisa á la mañana siguiente.

Al otro día preguntó al criado, quien le respondió que Luisa habia tomado la carta, habia dicho que estaba bien, y que probablemente tendría el gusto de verle pronto.

Cuando llegó la hora de ir á casa de M. Durand se presentó, y halló á la duquesita que le esperaba sola.

— Estaba seguro de ello, pensó Estéban.

Una heroína que tan de prisa le daba una ocasion, le pareció prosaica. Estéban no la encontraba ya tan bonita.

Cuando se sentó, la duquesita sacó del bolsillo la carta y le dijo:

— ¿ Habeis pensado bien todo lo que aqui habeis escrito?

— ¡ Cómo!... ¿ Habeis comprendido?...

La mirada clara de Luisa le dejó confuso; perdió el hilo de su idea y se detuvo.

— ¡ Oh! decidme francamente si los sentimientos que manifestais son sinceros. Para animaros os diré que su lectura no me ha sorprendido, pero sí me ha causado alguna aflicción.

El tono de Luisa no era el de una coqueta ni una hipócrita. El enternecimiento ó la indignación habian abierto la puerta á unas explicaciones que habrian podido tener un resultado galante; pero nada de esto habia en ella; Estéban lo veía, y comenzaba á creer que habia hecho una locura.

— Ya que no respondeis hablaré yo, repuso Luisa. Otros han tenido la misma opinion que teneis vos de mí, de modo que no me enfado; ¿ porqué me enfadaria de una cosa que parece autorizar mi situación? Lo que me aflige es que hayais tenido el mismo pensamiento cuando habeis entrado en esta casa.

La confusion de Estéban crecia de punto. Sin embargo, persistia en él un resto de duda.

— Si es una comedia, pensó, está bien representada; pero si dice la verdad, ¿ cuánto debe sufrir!

Al acaso contestó con algunas frases vulgares que ella escuchó sin interrumpirle. Dijo que habia querido demostrarla el interés que la inspiraba su posición y su profundo respeto.

Solo por un ligero estremecimiento que se notaba en sus labios se podia conocer lo que sentía.

— Lo que decis para excusaros agrava vuestra culpa, contestó la jóven. ¿ Porqué me hablais de vuestro respeto cuando tan pocas pruebas me dais de él? He recibido algunas cartas como la que me habeis escrito; la primera me hizo llorar de vergüenza y de humillación. Porque trabajo ¿ he de sufrir ofensas semejantes? Hoy la herida está cicatrizada, pero el dolor persiste; hay cosas á que se acostumbra uno lentamente; yo no lo estoy aun, y si llegara á estarlo, me parece que decaeria en mi estimacion propia.

El sonido de su voz indicaba la viva emoción que la atormentaba; Estéban la miraba sin saber que responder. Las sospechas que habia concebido estaban lejos de su ánimo.

Por un movimiento súbito la duquesita habia dejado caer al suelo la carta de Estéban. El jóven la recogió, la hizo pedazos y los arrojó á la lumbre.

— Mil gracias, continuó Luisa; lo que acabais de hacer vale mas que mil palabras; pero ya que estamos en tan triste capítulo voy á decirlo todo, y no se tratará mas del asunto. En cuanto os ví atravesar el jardín el día en que vinisteis á pedir lecciones á mi padre, comprendí lo que sucederia. No acuseis á mi orgullo; era mas bien el grito de la humildad; ¿ no estoy sola, sin protección y viviendo de mi trabajo como una obrera? Sin embargo tomé mil precauciones contra una provocación; además sabia que la señorita Aglae os habia advertido. Un instante creí que renunciarais á vuestro plan... pero me habeis desengañado cruelmente. Lo siento tanto mas cuanto que mi padre os estima. Os confieso que era yo partícipe de esa simpatía, y me habria visto de otro modo sin esa preocupación que adivinaba en vos. Cuando llegaron vuestros ramilletes, Juana los puso en los jarrones... yo no puedo estar en todo... Pero ahora que me conoceis mejor, decidme francamente si hay algo en mí que motive esos insultos... ¿ Los autorizan mi aire, mi conducta, algo que yo ignore? ¡ Qué favor me haria el que me advirtiera!

La respuesta de Estéban se concibe; dijo que habia tenido una hora de extravío que no concebía y que deploraba.

— Gracias, repuso la duquesita, vuestras palabras me consuelan. Tem a que una palabra ligera, una acción imprudente os hubiesen autorizado á dar ese paso.

— ¿ Puedo esperar que lo olvidareis todo?

— Está olvidado. Os he dicho que experimentábamos una verdadera simpatía por vos, y me habria sido penoso el creer que no la mereciais. Si pensais que sinceramente podeis ver amigos en esta casa, dadme vuestra mano; la puerta siempre estara abierta para vos.

La conversacion se prolongó; tranquilizada y como enternecida por esta confidencia, Luisa descubrió una parte de su corazón; era la juventud y la alegría templadas por una especie de temor, un impulso de malicia y de abandono que la altivez y la tristeza retenían

por intervalos. Nunca quizá había ido tan lejos en aquella manifestación de sí misma bajo la excitación que había provocado atrevidamente. Luisa recobraba el candor de la infancia.

Cuando Estéban volvió a su casa después de firmado el tratado de paz con un apretón de manos, estaba exasperado; se trataba de imbecil y de miserable. ¿Cómo había podido engañarse así sobre el carácter de Luisa y hacerla tal injusticia?

Su arrepentimiento fué muy grande. En cuanto se vió delante de su mesa, impelido por un movimiento irresistible, tomó una pluma y escribió un plieguecillo de papel que dirigió a Luisa con estas palabras:

« Soy un necio y os amo. »

Al otro día cuando Luisa le vió le amenazó graciosamente con el dedo.

— No es eso, dijo con alegría; habríais debido poner: Soy... lo que habeis puesto, y os estimo.

— Conservad lo escrito añadiendo lo que añadís, repuso Estéban.

La duquesita se puso seria de repente.

— ¿ Es cierto? preguntó.

— Ciertísimo.

— Entonces tratad de no verme durante un mes, y si al cabo de ese tiempo no habeis cambiado, me lo repetireis con lealtad.

Estéban permaneció cuatro días sin ver a Luisa, pero no pudo acordar más a su impaciencia. Estaba enamorado y se embriagaba en sus sentimientos. Su memoria le recordaba una época lejana ya, en que por primera vez había amado; se hallaba en la temprana juventud, y su Emilia (así se llamaba ella) había desaparecido como uno de esos hermosos pájaros fugitivos que llegan con la aurora y parten por la tarde. Pero había conservado de aquel tiempo un recuerdo muy dulce que no había vuelto a experimentar, y ahora entraba del enojo a la vida.

Luisa estaba muy lejos de ese entusiasmo. Un día de primavera quiso burlarse un poco de él, pero le faltó el valor para ello. Paseábase por el jardín del brazo de Estéban con la cabeza baja y la frente meditabunda.

— No quiero hacermé más fuerte de lo que soy, exclamó al fin; quizá por última vez os hable este lenguaje, pero debéis advertiros, ya que no habeis querido hacer la prueba de la ausencia. ¿ Dónde os conduciría el amor que me tenéis? ¿ Qué proyecto es el vuestro?

La respuesta de Estéban dió a conocer que no había pensado en el asunto.

— No vayais a creer, repuso Luisa con una sonrisa altanera, que si os hablo así es para abriros la puerta del matrimonio por donde no tenéis ningún deseo de entrar... lo que si quiero es haceros ver que poneis la planta en un camino sin salida. No me haceis la injuria de pensar que yo desconocería nunca lo que debo a mi padre, lo que me debo a mí misma... no me respondais, está muy bien; pero entonces ¿ qué esperais de mí? Si por un extravío de la juventud llegarais a prometerme vuestra mano, pasado el primer fuego de ese amor novelesco lo sentiríais mucho. ¿ Cuál sería entonces nuestra existencia? ¿ Me creéis de un carácter capaz de soportarlo? Vuestro amor en el aislamiento en que vivo es para mí añadir el tormento a la inquietud, y para vos es aceptar una responsabilidad muy pesada. Hoy puedo hablaros como una mujer virtuosa que manda en su corazón... mañana quizá será tarde... ¿ Qué peso para vuestra conciencia!... La ausencia era el mejor remedio para el mal... me habríais olvidado... no digais que no; sois joven y rico, y muy pronto olvida el que es dichoso... Abandonada habría limitado toda mi ambición a vivir honradamente hasta el día en que entrada en años me habría retirado a una casa religiosa... ¡ Ay! mi orgullo es una armadura cuyo flaco puede hallarse... no lo busqueis... Me habeis comprendido, Estéban: estrechadme la mano y separémonos.

Luisa estaba muy pálida cuando hablaba de este modo; Estéban no se hallaba menos conmovido.

— Sí, dadme vuestra mano, para conservarla siempre... ¡ yo abandonaré!... ¡ nunca!

Cuando salió del jardín Estéban se fué determinado a volver a menudo. La duquesita no opuso ya obstáculo ninguno a sus visitas, pero en nada cambió su modo de vivir. Al entrar en su casa de vuelta de sus lecciones besaba a su padre, daba la mano a Estéban, y luego tomaba su labor.

A veces el discípulo que se hallaba en intimidad con el maestro se quedaba a comer, y entonces la conversación se prolongaba hasta las diez de la noche. Cuantas veces se encontraban solos, Luisa evitaba la ocasión de hablar del asunto tratado en el jardín; pero el domingo al atravesar Estéban la puerta del pabellón la sorprendió detrás de la cortina que nunca caía bastante pronto para que él no descubriera el rostro de la joven; Luisa le esperaba.

La frecuencia de sus relaciones les había hecho mas familiares; Estéban había penetrado poco a poco en aquel interior silencioso donde reinaba el trabajo. Algunos paseos al Luxemburgo ó al campo eran sus únicas distracciones; mas de una vez ofreció billetes de teatro que Luisa no aceptó.

— Causaría extrañeza el que os vieran conmigo, decía.

Una sola vez aceptó un palco de platea en la Opera. Estéban la fué a visitar. La duquesita inclinada al borde del palco miraba unas veces la escena, otras la gente con ojos de llama; su rostro tenía la palidez del mármol con relampagos de un encarnado vivo; se adivinaban las palpaciones de su corazón con el movimiento del cuerpo de su vestido.

Al volverse un poco se halló con Estéban; entonces frunció el ceño y se inclinó hacia atrás ocultándose en la sombra.

Estéban recordó cuando había rechazado las telas de seda que tenía en las manos. Luisa estuvo como distraída hasta el fin, pero al retirarse sus ojos brillaban como dos azevas.

— No volveré a la ópera, le dijo.

Por largas que fuesen sus conversaciones ni M. Durand ni su hija hacían nunca la menor alusión a la historia pasada. A veces sin embargo una palabra dicha por casualidad hacía estremecer a la duquesita; la palabra expiraba en sus labios, una nube velaba su frente, miraba los retratos de su casa, y caía en silencios prolongados de los cuales no se atrevía a sacarla Estéban.

Una tarde que principiaba a llover Estéban suplicó a la joven que le permitiera comer con ellos. Luisa se turbó y se puso encarnada. Estéban la miró, y entonces vino a notar que tenía su vestido de seda y el lazo en el pelo.

— ¡ Ah! exclamó a pesar suyo, ¡ hoy es sábado!

Luisa se puso mas encarnada todavía. Sin insistir se dirigió hacia la puerta y atravesó el comedor en busca de su paletó. La mesa estaba puesta, había en ella tres cubiertos y flores en los jarrones. Estéban sintió como un vértigo. Mil ideas amargas atravesaron su mente, y salió con precipitación sin responder a Luisa que le tendía la mano. La idea de que esperaban un convidado le persiguió hasta en su sueño. ¿ Porqué ese misterio? ¿ Debía hacer pedazos el idolo que había colocado a tanta altura?

Estéban se levantó de repente, encendió una luz, y tomó la pluma para escribir a Luisa. Las primeras líneas estaban llenas de reconvenciones violentas, y hacían presentir un rompimiento; las últimas eran humildes como una súplica; pedían una explicación, y se deshacían en mil juramentos de ternuras eternas.

El corazón del joven se oprimía a cada palabra. En medio de una página se detuvo, y un espejo que tenía delante de la mesa le mostró su imagen. Dos gruesas lágrimas que no sentía correr por sus mejillas. Se ocultó la cara en las manos y prorumpió en sollozos.

— ¡ Dios mio! exclamó, ¡ cuánto la amo!...

IV.

A la otra mañana salió para dar un paseo contando con que el aire fresco de la atmósfera calmaría su agitación.

Poco a poco comenzó a andar de prisa, y sin saber cómo se halló delante de la casa de Luisa. Quiso alejarse, pero una fuerza irresistible le llevó cerca de la puerta y entró.

La joven estaba en el jardín sentada junto a un árbol.

— Os esperaba, le dijo.

Esta palabra tan sencilla alivió el corazón del joven de un peso enorme.

— ¡ Ah! exclamó estrechando su mano, he estado para marcharme de París.

— Entonces si habria creído que no me amais, repuso Luisa meneando la cabeza con un movimiento de tristeza y de coquetería natural.

Y llevándole a un banco y haciéndole sentar a su lado, añadió:

— Bien he notado ayer vuestra inquietud: no habeis querido tomar mi mano, lo cual me ha incomodado un poco. Si poseo vuestra confianza, ¿ porqué me la arrebatáis tan prontamente? Pero la idea de que sufríais me ha inducido a perdonaros.

— Singular es el lance, dijo Estéban consolado ya; veo en vuestra mesa un cubierto que tengo siempre ante mis ojos, ¡ veo que me rechazais constantemente, y vos me perdonais!...

— Sin duda; cuando el corazón está comprometido no hay apariencias que valgan. Ese cubierto, amigo mio, es la historia de toda nuestra vida. Espera a una persona que no vendrá jamás. ¡ Me mirais así con sorpresa!... escuchadme. Habiéis notado que el sábado no es para nosotros un día ordinario; mi padre y yo nos ponemos todas nuestras galas, la criada enciende las bugias y coloca un cubierto mas en la mesa. A las siete mi padre entra conmigo en el comedor, saca su reloj, y mira a Juana. — ¿ Nadie ha venido? la pregunta. — Nadie, responde Juana. Mi padre suspira y se sienta. — Trae la comida, exclama, quizás vendrá el sábado próximo. Y al otro sábado se reproduce la misma escena, y permanecemos en la mesa tristemente sentados uno en frente de otro cerca del cubierto vacante.

Al llegar a este punto de su historia Luisa se detuvo; estaba muy conmovida, y sus labios pálidos temblaban un poco.

— Si esta confidencia, dijo Estéban, reanima en vos recuerdos penosos, cortadla pues.

— No, respondió ella con fuerza, nada me habeis preguntado, y es justo que os lo declare todo.

Se recogió un instante, y luego comenzó una relación de la cual no perdió Estéban una palabra.

M. Durand no había llevado siempre ese nombre, ni había sido siempre profesor de lenguas.

En otro tiempo habitó en Nantes, donde se hallaba a la cabeza de una buena casa de comercio. Su reputación de probidad igualaba su crédito. Tenía entonces un socio llamado Luis con quien estaba unido en estrecha amistad.

— Mi padre, que le llevaba algunos años, prosiguió la joven, trataba a este amigo como a un hijo, y había

tenido ocasión de probarle su afecto. Cuando eran niños, una vez que jugaban a la orilla del Loira, Luis se cayó al agua y mi padre le salvó. Ya en los tiempos de su juventud mi padre supo que Luis había tenido una disputa con un oficial, cuyo regimiento debía salir de Nantes de allí a pocas horas; habían aplazado el duelo para dentro de ocho días. Mi padre montó a caballo, alcanzó al oficial, se batió con él, y le dejó herido, de modo que el desafío con Luis no llegó a efectuarse. Todo esto parecía haber fundado una amistad indestructible; pero ¡ ay! no había sido así.

La duquesita se detuvo un momento, y al cabo haciendo un esfuerzo continuó su relación de esta manera:

— Todos los sábados los dos amigos comían juntos. Se olvidaba el trabajo, y se hacían grandes proyectos para el porvenir. ¡ Con qué júbilo Luisa, que era entonces una criatura, salía a recibir a su padrino! Una tarde M. Durand entró muy trastornado; en la ausencia de su socio había hecho una operación que había salido mal, y la pérdida era considerable.

— Eso es lo que tiene obrar a la ligera, sin consultar a nadie, exclamó Luis.

M. Durand le miró un poco sorprendido.

— ¿ Qué quieres? es una desgracia, dijo, pero la casa es bastante rica para pagar.

Luis pegó con el pié en el suelo.

— ¡ La casa! pronto está dicho, exclamó; legalmente puede ser condenada a pagar, pero no es justo, yo no debo nada.

M. Durand se puso muy pálido y no respondió; pero a la otra mañana había liquidado su parte de interés en la casa, y había satisfecho a sus acreedores, y dos días después salía de Nantes. Casi nada le había quedado. Se retiró a un puertecillo de mar, y fundó un nuevo establecimiento con algunos fondos que le prestaron por la buena reputación que tenía. Ya principiaba a levantarse cuando una crisis comercial acabó con él, y sin recursos ya hubo de refugiarse en París al cabo de cinco ó seis años. En París el padre y la hija buscaban lecciones.

— ¿ Y el socio? preguntó Estéban.

— Durante algun tiempo no supimos de él; creo que el orgullo le hacia estar callado, pues en el fondo no era un mal hombre; despues ofreció a mi padre una transacción. Luego cuando supo nuestra última desgracia, nos envió con un sobre un bono sobre el Banco de un valor igual a la suma que su antiguo socio había pagado. Mi padre devolvió el bono. Mas tarde hizo otros ofrecimientos; pero ¿ qué os diré? ofrecía dinero y me tendía la mano; no sé qué vanidad herida le impedía venir y abrazar a mi padre, con lo cual se habría arreglado todo. Mi padre, para sustraerse a sus proposiciones, en las que veía como un pensamiento de limosna, cambió de nombre y de barrio, y desde entonces no hemos tenido mas relaciones, ni directas ni indirectas con el que fué nuestro amigo durante tanto tiempo.

Y sin embargo, mi padre, aunque herido en el corazón, quería siempre a su antiguo socio. ¿ Lo creeríais? Al cabo de tantos años pasados en la soledad, casi en la miseria, su única alegría, alegría bien amarga, consiste en esperarle a comer todos los sábados. No podría acostumbrarse a no ver su cubierto en la mesa. Sabe que Luis no vendrá; pero en espíritu le ve y le habla.

— Pero, preguntó Estéban, ¿ cómo habeis hecho para vivir si no teníais nada?

Luisa cruzó las manos.

— ¡ Dios lo sabe! dijo; primero con la venta de las pocas cosas que nos quedaron... Mi padre me ocultaba cuidadosamente nuestra situación, pero al fin tuvo que confesarme llorando que todo se había concluido... ¿ Qué amargura!... Pronto me vi despojada de todo... y entonces comencé a vivir de mi trabajo. Bien adivinasteis quién era yo en aquel baile cuando encontré vuestra mirada, y despues cuando mis dedos se estremecían al contacto del encaje y de la seda. ¡ Qué lucha! Todos mis instintos me llevaban hacia las cosas a que tenía que renunciar... pero mi alma ha salido victoriosa. Habría sido mas feliz si mi padre me hubiera educado en otras ideas y lejos de esas elegancias y ese fausto de que me hallaba como impregnada!... Resistí a las tentaciones del deseo; pero a expensas de mi alegría, de mi juventud, de todas las mejores cosas que hacen la frescura de la vida. Me ha ayudado a ello mi aislamiento. Cuando me vi luchando con la necesidad y rodeada por todas partes de instancias vergonzosas, mi corazón se sublevó, mi indignación me infundió aliento, y para no parecerme a las demás, el orgullo me ha sostenido. Sí, el orgullo ha sido mi escudo y mi espada.

Luisa se calló; no se veía ya una gota de sangre en su rostro, que tenía la palidez de la muerte. Estéban tomó su mano en silencio y la estrechó sobre sus labios.

— No os lo he dicho todo, repuso con un acento de acritud; no he llegado a la edad que tengo sin experimentar algo de esos movimientos y de esas aspiraciones que se llaman sueños juveniles; pero los rechacé con violencia hasta lo mas recóndito de mi corazón; me encarnicé en combatirlos y en sofocarlos, porque habrían emponzoñado mi existencia. Pero ¿ cuánto cuesta vencerlos y cuántas veces se les encuentra en pié despues de haberlos destruido! Mi porvenir era bien terrible. ¿ Podía yo pensar sin llorar en esos bienes que constituyen toda la vida de una mujer, un marido, unos hijos, una casa? Mi educación esmerada, por desgracia mia, me había acostumbrado a mil delicadezas, y había estrechado el círculo en que podía yo hacer una elección.

Me sentia fuera de mi clase, y era una quimera el pensar que un hombre bien nacido, mi igual por el corazon y la educacion, fijaria sus ojos en mí. Muerto mi padre, tenia que buscar un retiro solitario para vivir y morir en la miseria... ¿cómo quereis que con tales combates mi corazon no haya rebotado hiel muchas veces?

La duquesita se ocultó el rostro entre sus manos. Dos lágrimas ardientes habian asomado á sus párpados. Estéban, dominado por una emocion profunda, no se atrevió á interrumpir su silencio.

— Ahora me conoceis, prosiguió al fin; por primera vez se ha abierto mi corazon al cabo de tanto tiempo que ha permanecido cerrado... Si tal como soy no me parezco á la mujer que habeis amado, decidmelo francamente, y dejad esta casa.

Estéban se apoderó vivamente de la mano de la duquesita, y estrechándola en sus labios de nuevo, la preguntó:

— ¿Cómo se llamaba vuestro padre en el tiempo en que no era todavía M. Durand?

— M. Delarue, respondió Luisa.

Estéban comprimó un grito.

— Me lo figuré, exclamó; entonces su socio se llamaba M. Jolyotte de Fongerot, que era nombrado por sus amigos el caballero Jolyotte.

— ¿Cómo lo sabeis? preguntó Luisa.

— Porque el caballero Jolyotte es mi tutor, y yo soy su sobrino.

(Se concluirá.)

Las aguas minerales de San Cristau. (Francia).

No lejos de Oleron, uno de los pueblecillos mas lindos del Bearn, suavemente inclinado sobre su verde colina y siempre risueño y alegre, hay un sitio delicioso para los viajeros cansados de las áridas convulsiones de los altos Pirineos; sitio admirable sobre todo para aquellos que sufren enfermedades cutáneas y buscan la sombra y el silencio. Siguiendo el camino antiguo de España, cuyas bellezas pintorescas son imposibles de describir, se penetra en el valle misterioso de San Cristau, donde se encuentran nuevos motivos de admiracion y los elementos para curaciones inesperadas.

En medio de los esplendores de la vegetacion y de la magia de las perspectivas, nada se ha descuidado para hacer del importante dominio que el valiente Gaston IV dió en dote al convento de Santa Cristina la mas agradable de las colonias termales.

Las fuentes saltan abundantes de una tierra favorecida; en muchos puntos ha sido imposible el evitar los inconvenientes que traen la aglomeracion y las reglas de un establecimiento único, y tales son las disposiciones que cada cual puede seguir su tratamiento en localidades separadas segun su humor, sus hábitos y su fortuna.

Por todas partes las necesidades de la vida se hallan satisfechas así como las superfluidades indispensables al mundo elegante, y si el *Hotel de la Posta* parece muy modesto, para eso están allí el *Gran Turco* y el *Gran Mogol* con todas las comodidades que pueden desearse.

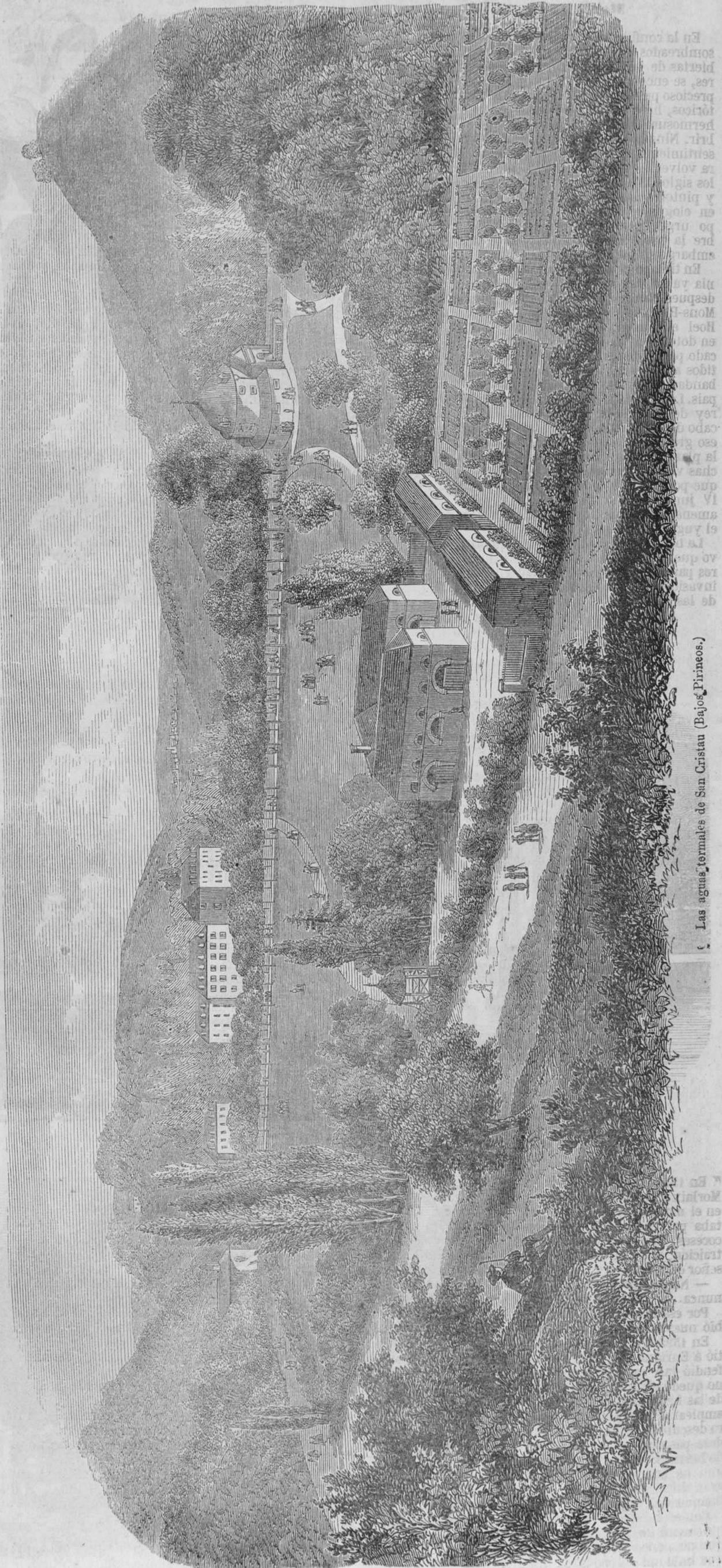
En tanto que el enfermo se desembara de sus herpes secas ó húmedas, de sus achaques recientes ó inveterados, de su clorosis ó de sus fiebres intermitentes las mas rebeldes, en el intervalo del baño, de los chorros y de la bebida sulfúrea, puede entregarse, si es de su gusto, al ejercicio de la caza, no con el ardor que mostraba en aquellos mismos lugares el gran rey, sino con la moderacion de un hombre prudente que sabe moderar sus sudores; puede pescar la trucha y la langosta andando siempre, pues el cansancio es imposible sobre esas ricas alfombras de verdura frescas, aun durante las horas mas calorosas del día; y en fin, por la noche puede entrar en los salones de la señora condesa de Barrante, y se formará una idea de lo que vale la hospitalidad del hacendado bearnés unida á todas las gracias castllanas.

Última y muy importante consideracion para el hombre que mientras se vivifica quiere aprovechar sus momentos: el valle que habita y el de Baretons hasta Baignorri son dignos de una visita atenta.

Únicamente en esas localidades de los Pirineos puede prometerse encontrar aun algunos restos de aquellas victimas del furor musulman, de aquellos godos que el orgullo de los estados del Bearn condenaba en 1460 al taladro de los piés si profanaban las calles y caminos públicos, y á quienes la Iglesia rehusaba á menudo la sepultura, mientras solo les permitió en vida que tomaran el agua bendida con la punta de un palo.

Si el tipo de aquellos perversos sarracenos se fundió completamente en los rasgos característicos de los habitantes del Mediodia, el de los godos se encuentra muy pronunciado, sobre todo en los hombres que ejercen los oficios de carpinteros y leñadores; tipo que se manifiesta por la blancura excesiva del cutis, los cabellos rubios, los ojos claros, y tambien por disposiciones morales particulares.

Largo tiempo aquellos malvados fueron relegados á San Cristau, no tanto para curarlos de la lepra que á menudo no tenian, como para tenerlos reunidos como un rebaño inmundo. Pero si esa secuestacion fué criticada como merecia, nos prueba sin embargo toda la confianza que en aquellos tiempos remotos se tenia ya en las virtudes de las fuentes sobre las cuales hemos creído útil llamar la atencion del público.



Las aguas termales de San Cristau (Bajos Pirineos.)

Morlaix.

En la confluencia de dos riachuelos sombreados de deliciosas colinas cubiertas de verdura y esmaltadas de flores, se encuentra en la Baja Bretaña un precioso pueblo, rico en recuerdos históricos, hermoso entre todos, con esa hermosura que el arte solo sabe descubrir. Ningun artista le deja nunca sin sentimiento ni sin formar proyectos para volver á ver sus deliciosas casitas de los siglos XIV y XV, sus calles oscuras y pintorescas. Esto es ya mucho decir en elogio de Morlaix, y como el tiempo urge, pasaremos rápidamente sobre la parte histórica, que exige sin embargo su lugar en este artículo.

En tiempo de los Césares Morlaix tenía ya su historia, y se llamaba Julia; despues cambió el nombre y se llamó Mons-Relaxus, y por último Morlaix. Hoel el Grande, rey de Bretaña, le dió en dote á su hija, y en 1179 fué fortificado para ponerle al abrigo de los repetidos ataques de los ingleses y de las bandas armadas que destrozaban el pais. La crónica pretende que Enrique II, rey de Inglaterra, solo pudo entrar al cabo de cincuenta dias de sitio, y para eso gracias á los amigos que tenía en la plaza. Morlaix recibió y arrojó muchas veces á las guarniciones inglesas que ponian dentro de sus muros. Juan IV juró destruir Morlaix, pero sus amenazas no impidieron que sacudieran el yugo extranjero los habitantes.

La buena duquesa Ana de Bretaña tuvo que apelar á los socorros extranjeros para preservar á sus Estados de las invasiones de los ejércitos franceses y de las traiciones de los grandes vasa-



Trajes de Morlaix.

llos; pero robada por sus aliados debió hacerse un escudo solo con el patriotismo de los habitantes, los ayudó haciendo construir nuevas fortificaciones, y pudo vivir en fin como una reina idolatrada en medio de su ciudad.

Dejó á la poblacion el magnífico buque la *Cordillera*, con 1,200 hombres; fué el primer buque notable de la marina francesa.

En 1522 un cobarde, llamado La Tringle, entregó Morlaix á los ingleses; aprovechó un dia en que la poblacion habia ido á una feria próxima, y el enemigo, disfrazado cayó sobre la ciudad, que estaba defendida únicamente por algunas mujeres y algunos enfermos. El capellan de Nuestra Señora del Muro subió á la torre, y él solo arcabuceó á muchos ingleses; en la calle Mayor núm. 18 una mujer abrió una trampa que daba sobre el comedor de la casa, dió toda la luz que pudo á la pieza de enfrente, y en el desórden del saqueo ochenta ingleses cayeron y se ahogaron en una cueva que ella habia llenado de agua abriendo una compuerta que daba al rio. Nobles y villanos cuando volvieron á la ciudad encontraron al enemigo nadando en el vino y cargado de oro, y setecientos de ellos perecieron en los bosques de Styvel, en el sitio que llaman aun en el dia *la Fuente de los ingleses*. Se ve á la izquierda entre los árboles cuando se llega del Havre por los vapores.

En tiempo de Francisco I se reconstruyó el famoso castillo del Toro en rada de Morlaix á fin de libertarse de tantos ataques; pero se hundió, y solo en 1609 fué construido de nuevo, como se ve en el dia.



Vista de Morlaix.

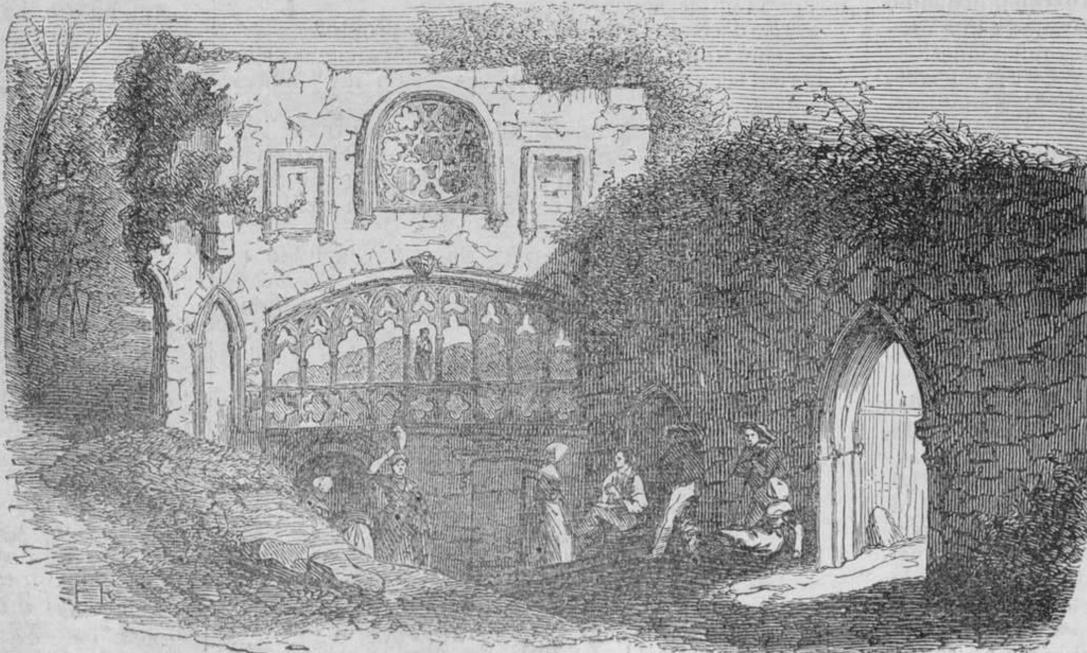
En 1548 María Stuardo fué á Morlaix y se hundió un puente en el momento en que ella estaba para atravesarlo. Los escoceses gritaron que habia traicion, á lo cual respondió el señor de Rohan:

— Ningun bretón fué traidor nunca.

Por esa época Morlaix recibió nuevas fortificaciones.

En 1595 esa ciudad se sometió á Enrique IV; pero se defendió tan valerosamente que no quedó piedra sobre piedra de las fortificaciones. Hay que emplear el pico y el azadon para descubrir de aquella grandeza pasada algunos cimientos de bastiones y de corinas. Segun he podido ver el castillo gran ducal estaba bastionado y flanqueado.

Con esta corta noticia, que quizá será larga para aquellos que no conocen la ciudad de que hablamos, creo haber pro-



La fuente milagrosa, en Morlaix.

bado que los habitantes de Morlaix pueden llevar muy alta la divisa que coronaba las armas esculpidas en su antigua alcaidía:

S'ils te mordent, mors-les.

Lo que Morlaix ha perdido en fuerza belicosa parece haberlo ganado en poderío comercial; es un centro de negocios en el pais, y cada dia recibe embellecimientos que hacen presumir que será lo que ha sido siempre, uno de los pueblecillos mas bonitos de la Bretaña.

Damos una vista del puerto tomada de la manufactura de tabacos, así como tambien los tipos del traje de las mujeres: los hombres no tienen nada de particular en el vestir. El último dibujo representa las ruinas de una capilla contigua al convento de Carmelitas. Ese

fragmento de arquitectura remonta seguramente al siglo XIV; la villa le ha hecho reparar hace algunos años, y las necesidades del convento, que existe aun, han hecho tapar uno de los arcos; ese monumento donde existe una fuente de agua milagrosa, está en gran parte enterrado bajo los escombros.

Siguiendo los muelles se llega á la plaza Mayor, donde se encuentra el edificio de las casas consistoriales, de construcción reciente y que ocupa el sitio de la antigua alcaldía, que databa de Enrique IV. De esa plaza Mayor parten dos grandes arterias; á la derecha está la ciudad vieja, y á la izquierda una parte casi nueva edificada sobre uno de los antiguos arrabales.

Como monumentos y curiosidades citaré únicamente el campanario y las fuentes bautismales de santa Melania; la torre, estilo del renacimiento, de San Mateo; las casas con faroles de la calle Mayor y de la calle del Muro. Conventos antiguos, bonitos paseos y hermosa campiña se encuentran por todas partes; el que pasa en Morlaix una temporada no se aburre. P.

El baile del prisionero.

Todo el mundo sabe los curiosos y sangrientos episodios á que dió lugar la famosa guerra civil de la Vendée en Francia. Vamos á referir uno de ellos de esta terrible guerra en que el espíritu monárquico, haciendo tomar las armas á todos los habitantes de aquella provincia contra la república, ensangrentó aquellos campos tan deliciosos, ocasionando tantos destrozos, que aun despues de mas de medio siglo no ha vuelto á reponerse todavía aquel país.

El conde Bandelot de Derval se habia puesto al frente de varios partidarios suyos, la mayor parte de ellos colonos y dependientes de sus vastas posesiones. Habia sostenido un largo sitio en su mismo castillo feudal, y cuando se vió precisado á rendirse á la fuerza á las tropas republicanas que le cercaban, entraron estos y buscaron con el sable y el fusil la tropa que por tanto tiempo les habia resistido. Sorprendidos quedaron cuando en lugar de un ejército, no encontraron mas que un hermoso jóven, dulce y apacible, que se desayunaba tranquilamente.

— A vuestra salud, les dijo al verlos, vaciando su último vaso. No hay nadie mas que yo en esta casa, y os doy las gracias por el honor que me habeis hecho combatiéndome en tan gran número. Me habeis vencido, fusiladme, estoy dispuesto.

— ¿Y los demás? le preguntaron.

— Los demás han huido mientras yo les cubria la retirada.

— ¿Pero quién ha atrancado la puerta?

— Yo solo... despues de haber gritado como cincuenta y haber trabajado como otros cincuenta hasta el momento en que, agobiado de fatiga, me he puesto á la mesa aguardándolos.

Admirado de aquella serenidad y de aquel valor, el comandante de las tropas republicanas, que era uno del país, le trató con la mayor consideración y lo llevó á su misma casa, aguardando que el comité de salud pública pronunciase su suerte. El comandante se llamaba Pedro Hamelin, y precisamente en aquel dia iba á casarse con una jóven vendeana. Trató de hacer mas llevadera su suerte á su noble prisionero, dándole todas las consideraciones que eran propias de su clase y sobre todo de su infortunio.

Hizo que uno de sus criados, que servia de carcelero, llamado Martin, le sirviese una buena comida, y el conde comia con la mayor serenidad, cual si no estuviese su suerte pendiente de un cabello, cual si no supiese que el comité de salud pública jamás tenia compasión con los realistas vencidos. Así es que, mientras comia, entabló una alegre conversacion con su carcelero. Este estaba admirado de la afabilidad y amabilidad con que le trataba.

Despues de comer oyó ruido de instrumentos, y pareciéndole que seria para algun baile, dijo á su carcelero:

— Parece que hay baile.

— Sí señor, un baile de boda; pero mi señorita no quiere bailar á causa vuestra, porque siente muchísimo que os hayan hecho prisionero, y dice que es una desgracia venir á perturbar vuestras tristes reflexiones.

— Al contrario, yo tendria un gran placer si me convidasen al baile, porque andar, saltar, hablar á las mujeres, estrecharlas sobre el corazon, es vivir, y pues no me quedan mas que algunas horas, desearia pasarlas alegremente. Dile al capitán que puede contar con la palabra de honor que le he dado al traerme á su casa en vez de llevarme á la cárcel, y que no trataré de fugarme, y que si es preciso, bailaré aun cuando sea entre dos gendarmes. En fin, dile lo que quieras; pero habla un poco alto para que tu ama te oiga é interceda por mí, lo que entonces estoy seguro de conseguir; y así puedes traerme ropa limpia y una navaja para afeitarme.

Asombrado el criado de tanta serenidad, fué é hizo su comision, y al poco rato volvió diciendo que el capitán consentia, lo que llenó de alegría al conde de Bandelot. Algunos instantes despues se presentó un oficial, el cual le trajo una espada para que pudiese presentarse dignamente en el baile. Esto le admiró mucho al conde, é informándose de quién era, supo que era primo de la novia, la cual le entregó la espada á condicion de que no habia de hacer uso de ella, y la aceptó viéndole en aquella atencion de aquellos buenos republicanos el afecto que todavía le conservaban, y las considera-

ciones que guardaban por su antiguo nombre. Llegada la noche, que para el pobre conde debia ser la última de su vida, fué presentado en el baile. Saludó á la novia, llamada Amelia, con el mismo desembarazo y la misma afabilidad que pudiera haberlo hecho en los tiempos de su buena suerte y fortuna, y la pidió desde luego la primera contradanza. Todos á su alrededor se hallaban silenciosos; comprendiase bien que se admiraban de bailar con un jóven aquella contradanza, que podria decirse era la de la muerte; pero el conde era un soldado que no pensaba en el dia siguiente. Así es que mostró toda la alegría y desembarazo que podria mostrar el hombre mas contento y satisfecho de su suerte.

Púsose á bailar con la novia, la dijo las galanterías de buen tono propias de su clase y de su genio francés, y dándole las gracias por el consentimiento que la debia para el baile, la dijo que tenia que pedirle todavia otro favor de gran valor.

— ¿Cuál, caballero? contestó la novia.

— El próximo wals, y esta noche será para mí la mas encantadora de mi vida.

Vacilaba Amelia en concederle el wals, mirando al capitán con quien iba á casarse; pero el conde la dijo:

— El capitán no estará celoso de una felicidad que no tendrá tiempo de causarle envidia, mientras que yo...

Todos estaban tristes; era horrible el espectáculo de un hombre que iba á morir, y que se divertia con la mayor indiferencia.

— Pido perdón á estas señoras, y sobre todo á estos caballeros, dijo el conde, si el baile está lánguido; los rostros están tristes, meditabundos, y, señoras, estos caballeros serán menos galantes si lo sufris. Y vosotros, dirigiéndose á los de la orquesta, tocad, vamos á divertirnos.

Efectivamente, comenzó el baile, y el capitán y su primo Alberto, retirados en un rincon de la sala, no pensaban mas que en mirar á aquel hombre en quien se habia concentrado la alegría de todos, pues que todos se hallaban muy tristes.

— Es admirable, sublime, esto, decia Alberto; cuando se piensa que el rey de la fiesta tal vez dentro de poco... ¿Qué hora es?

— Las dos, contestó el capitán.

— Me parece que habeis hecho mal, no debiais haberle convidado.

— He debido ceder á su instancia.

— ¿No le veis que está siempre hablando con mi prima?

— Sin duda, contestó el capitán.

— ¿Qué lindos son los dos!

— ¡Y bien!

— Mirad, enlazando con su brazo el talle de vuestra novia, y animoso y altivo de felicidad, de venturoso que está.

— ¿Venturoso?...

— Sin duda.

— ¿Venturoso, repitió de mal humor el capitán, por bailar con una linda señorita? Además, mañana por la mañana... ¿Qué diablo!... parece que tengo celos.

— A fe mia.

— Silencio, parece que se dirigen hacia aquí.

Efectivamente, hacia allí se dirigia el conde, que al ver al capitán le felicitó por lo hermoso del baile, y sobre todo por la linda novia que tenia; le dió gracias por haberle invitado al baile, y se lamentó de que la diferencia de opiniones políticas no le permitiera ser su amigo.

— ¡Maldita sea vuestra escarapela blanca! exclamó el capitán.

— Alto allá, señor capitán, yo sostengo mi causa... No hablemos de política, añadió despues riéndose, si no ¿qué pensarán de nosotros estas señoras? Supongo que la señorita Amelia me concederá todavia otra contradanza.

Hizo un gesto afirmativo Amelia.

— Es preciso que sea pronto, añadió el conde en voz baja, porque si no tal vez seria demasiado tarde.

— ¿Qué quereis decir? contestó Amelia alarmada.

— Que va á venir muy pronto el dia.

— Acepto, acepto, señor conde.

— ¡Qué buena sois para mí! dijo el conde; pero por Dios, no tembleis.

— ¿No decis que va á amanecer muy pronto?

— ¡Qué importa que amanezca! Noches como estas deberian ser eternas; los hombres serian muy felices entonces.

En aquel momento un oficial de las tropas republicanas se aproximó al capitán Hamelin y le habló con viveza al oído, señalando al conde. Amelia notó aquello, y alarmada, se dirigió al conde diciéndole en voz baja:

— Es preciso que os marcheis.

— ¡Marcharme! ¿Y porqué? No está concluido el baile.

— Es preciso que os marcheis, es preciso, yo lo quiero, os lo suplico.

— Olvidais, señora, que he dado mi palabra... debo morir.

— ¡Morir! ¡No es posible!

— Señora, nuestra causa está perdida sin remedio... ¿Qué importa que muera hoy ó mañana?

— Debeis ahórrar ese sentimiento á vuestra madre... Pensad en vuestra madre...

— No la tengo, contestó el conde.

— En vuestros parientes, en vuestros amigos.

— Los he perdido.

— Pero en una mujer... en una mujer que os ame.

— Tampoco... señora.

— ¡Es imposible!

— Es la verdad... Pero de vos depende el hacer dulce y ligera la muerte.

— ¿De mí?

— Sí, señora; vais á hallarme atrevido, pero vuestra bondad me da ánimo.

Turbóse Amelia, porque no comprendia qué queria decirle.

— De todos los que me rodean vos sola habeis tenido compasión de mí; dejadme llevar un recuerdo real del ángel de mi guarda...

Cada vez mas turbada Amelia, contestó:

— ¿Un... recuerdo?

— Una flor de ese ramo que llevais al pecho.

Amelia sacó lentamente del pecho una margarita, y se la entregó volviendo la cabeza.

El conde la cubrió de besos, y la dió con la mayor efusion las gracias.

El capitán llegó, y viendo á Amelia, la dijo:

— Os andaba buscando.

— ¿Qué me quereis?

— Acaba de llegar el notario.

— ¡Cielos!

— Lo habia olvidado, dijo para sí tristemente el conde.

— No se aguarda mas que á vos para firmar el contrato.

— ¿Qué he hecho? dijo Amelia dando algunos pasos vacilando.

— ¿Qué teneis, Amelia? dijo el capitán.

— ¿Qué teneis, prima mia? dijo Alberto.

— Nada... no tengo nada, contestó Amelia.

Admirábase el capitán y el primo de ver á Amelia tan triste, conmovida y alterada en el momento en que se trataba de firmar el contrato. Siguió Amelia al capitán y á su primo, y quedó un momento solo el conde. Un reloj dió las tres. El conde se hallaba tambien muy agitado. El, que el dia anterior, en medio del combate, sentia su corazon tranquilo sin latirle, ahora en un baile sentia que le latia con violencia, y de seguro no era el temor de una próxima y visible muerte lo que le hacia palpar, sino una sensacion desconocida, deliciosa, que ocupaba su corazon: el amor.

Ocupado estaba en estos pensamientos, cuando volvió Amelia al salon, y con voz alterada le dijo:

— Huid, señor conde.

— ¡Huir cuando estais aquí!

— No os chanceis, no me respondais, huid.

— Olvidais, señora...

— Marchad, no hay tiempo que perder... ahora mismo... El capitán Hamelin se ha separado bruscamente de mí... le pregunté dónde iba... A dar algunas órdenes, me respondió... ¡Ordenes! ya me comprendéis. Un hombre con varios caballos... ¡Nantes!... Entonces lo he comprendido y he venido corriendo... Aquí teneis la llave de la puerta del jardín... No digais ni una sola palabra, ¡marchad!... ¡Os lo mando!... Os lo pido de rodillas...

— Pero, señorita, es imposible.

— ¡Cómo!

— El capitán Hamelin no me ha vuelto mi palabra, me ha dejado mi espada... ¡Es imposible!

Amelia, mirando con terror la puerta, fué y echó el cerrojo.

— ¿Qué haceis? la dijo el conde.

— Van á mataros.

— Pues bien, señora, soy menos digno de compasión que lo que pensais. Terminó la noche mas hermosa que jamás he pasado... He sido demasiado desgraciado hasta aquí para no apreciarla en todo su valor, y doy gracias á Dios que me proporciona un final tan dulce á una vida tan triste.

— ¿Sois feliz? preguntó Amelia.

— Sí, muy feliz; solo os he visto algunas horas, es verdad; pero han bastado para amarnos.

— Caballero...

— Puedo deciroslo, señora, y podeis oirme sin que os ruboricéis... Este amor nada tiene de insultante para vos, pues no tiene tiempo de hacerlo siendo declarado á la puerta del sepulcro. Al abriros mi corazon lo hago para daros gracias por tanta felicidad como me habeis dado.

Amelia lloraba en silencio, y el conde la preguntó si aquellas lágrimas eran de compasión. Ella le contestó:

— No os ocupeis de mí, no penseis sino en vos; tratad de marcharos, sino me quedo aquí.

— Pero, señora...

— Mi resolucion está tomada. Mi reputacion, mi honor están en vuestras manos: á vos os toca decidir.

— ¡Amelia! ¡por favor!

— No tendré compasión. Qué, os retiene el pundonor, ¿no es eso?... Teméis que digan: ha tenido miedo de la muerte y se ha escapado... Pues bien, no se dirá que ha sido el miedo el que os ha hecho huir, dirán que ha sido el amor... yo me marchó con vos...

— ¿Qué decis?

— Quereis morir porque no teneis amigos ni parientes... porque estais solo sobre la tierra... Pues bien, ya no estais solo ahora... ¡Os amo!

— ¡Vos!

— Ahora os marchareis, ¿no es verdad?... Os amo.

Oyéronse al mismo tiempo golpes á la puerta que habia cerrado con el cerrojo Amelia. Aterróse esta. Continuaron los golpes, y se oia por de fuera la voz del capitán Hamelin llamando al conde.

— Estoy á vuestras órdenes, capitán, dijo el conde; é indicando á Amelia la entrada de un gabinete, la hizo se ocultase en él interin él abria la puerta.

Pidió el conde perdón al capitán por haberle hecho aguardar, protestando haberse dormido, manifestando que estaba pronto á seguirle.

— No es todavía tiempo, contestó el capitán.

— ¿Qué motivo os trae en ese caso? Hablad, os escucho, dijo el conde.

— Un motivo interesado... Vengo á pedir un consejo, dijo mirándole atentamente.

— ¿A mí?

— Sí, respondió afectando indiferencia el capitán. Se han marchado los convidados... Amelia descansa en este momento. Mil extraordinarios pensamientos pasaban por mi imaginación, y como creía que estaríais tan dormido como yo, me he tomado la libertad de venir á hablar con vos. ¿Os incomoda?

— No por cierto... También yo tenía que hablaros para daros gracias... Ha sido magnífico, encantador vuestro baile, capitán.

— Sois demasiado bueno... Pero no es del baile de lo que vengo á hablaros... es... de la señorita de Mailly, de Amelia... mi novia... Querido conde... me han acudido algunos escrúpulos... algunas dudas...

— ¿Sobre la señorita Amelia? dijo el conde.

— ¡He!... la pobre niña duerme... dijo el capitán recalcando estas palabras, tan tranquila y tan pacíficamente, sin duda, como yo estoy agitado... No es de ella de quien yo dudo, es de mí.

— ¿De vos!

— Vais á comprenderme... Soy hijo de un labrador, señor conde, y si la guerra civil me ha hecho capitán, me ha dejado tosco, torpe, rústico, en una palabra, un aldeano, lo sé... Y ya veis como este Hamelin ya á casarse con la heredera de los condes de Mailly, con un ángel, con una virgen santa...

— Hablais con amor, capitán, dijo el conde.

— No... con amistad... ¿Os asombra esto! Y al mismo tiempo, haciendo un esfuerzo sobre sí, añadió: no siento por ella mas que ternura paternal, nada mas... y quisiera verla feliz... Pero os lo declaro, dudo mucho que conmigo pueda serlo...

— Esos escrúpulos os honran seguramente, contestó el conde; empero los exagerais demasiado. La señorita Amelia apreciará todo lo que hay en vos de noble y generoso, y su estimación...

— Justamente habeis encontrado la palabra de lo que yo deseo... su estimación. ¿Y creéis que basta esto para casarse?

— Vuestro despecho, capitán, prueba hasta qué punto la amais.

— No... os digo... y si supiérais la historia de nuestros amores...

— ¿Cómo! replicó el conde con afán.

— El conde de Mailly habia en otro tiempo salvado la vida á mi padre; la revolucion vino, y resolví pagar mi deuda; y gracias á mí pudo el conde emigrar. Gracias á mí, los bienes de la señorita de Mailly fueron respetados... Pero mas tarde podría alcanzarla la proscripción, y resolví hacerla mi mujer. Me fingí enamorado lo mejor que pude... pero como en mí no hay nada que no sea paternal, tampoco hay en ella nada que no sea filial... Y creó que al casarme con ella, haria una tontaría sin conseguir mi objeto.

— He encontrado gentes honradas en mi vida, caballero, pero ninguna tanto como vos, dijo el conde estrechándole la mano, de tanta rectitud, de tanta abnegación.

— Basta, caballero, no vengo á buscar alabanzas, sino un consejo, y creo que sois mas á propósito que cualquiera otro para dármele.

— ¿Yo? dijo el conde sorprendido.

— Vos, contestó con esfuerzo el capitán; esta noche habeis hablado largo rato con la señorita de Mailly, y tal vez habeis podido descubrir sus verdaderos sentimientos... ¿Qué pensais?

Guardó un momento silencio el conde, y despues le dijo:

— Tanta franqueza me obliga, capitán; y si os he de decir la verdad, creo que el corazón de la señorita de Mailly no os pertenece.

El capitán hizo un gesto de desquite, que procuró inmediatamente reprimir.

— En las pocas palabras que se le han escapado, continuó diciendo el conde, he creído ver estimación, sin duda, reconocimiento, gratitud; pero no he encontrado aquel calor, aquel abandono que demuestra un corazón enamorado... y... creo... — salvo mejor parecer — que os ama... precisamente... como vos la amais.

— ¿Cómo yo la amo! dijo el capitán; ya veis que no me equivocaba; pero no basta eso. A falta mía quiero encontrarla un sólido apoyo... Y los maridos dignos de ella son muy raros en los tiempos que corren. Pero... francamente, ¿no os dijo otra cosa la señorita de Mailly?

— ¿A mí!... ¿Qué quereis que me haya dicho? contestó embarazado el conde.

— Por ejemplo, que os ama.

— ¿Cómo! ¿no os ama? dijo apresuradamente el capitán.

— ¿Qué quereis decir?

El capitán entonces, con una emoción combatida y con firmeza, le dijo:

— Quiero decir que os ama... pues que está allí, y señalaba al mismo tiempo al gabinete. No os pediré satisfacción de vuestra felicidad y mi desgracia. No; la reparación que necesito es la que se debe á un padre. ¿Estais, señor conde, dispuesto á casaros con Amelia?

— ¿Lo dudais, señor capitán? contestó con nobleza el conde.

— Gracias, no queria saber mas.

Y dirigiéndose á la puerta del gabinete:

— ¡Amelia! ¡Amelia! gritó, venid... hija mía... ¿á quién teneis miedo aquí?... A vuestro... padre ó á vuestro esposo. No os avergonceis, vuestra elección es digna de vos, y yo solo tengo que hacerme perdonar por haber sido un poco activo. Pero ¿no habeis oído? ¿No habeis entendido el solo interés que me guia? Ya está dicho, sed feliz... Mi corazón no sufre ya... No teneis ninguna reconvencción que haceros... ¡Perdon! Yo lloro... empero estas lágrimas son las de un padre que va á separarse de su hija.

Tratando de esforzarse, añadió:

— Vamos, señor conde, el castillo de Mailly solo dista dos leguas de aquí; tomad la mano de mí... de vuestra novia, y Dios os guarde.

Amelia le besó cariñosamente la mano.

— ¿No es cierto todo, Amelia? dijo el capitán.

— No podría mentir á un padre, contestó Amelia; sí, le amo.

— Está bien... adios... Pensad alguna vez en mí.

Despues, dirigiéndose al conde, le dijo:

— Un coche y caballos os aguardan... Marchaos...

Viendo que permanecía inmóvil el conde, le dijo con bastante viveza:

— Pero ¿qué demonios haceis que no os marchais?

— Perdon, capitán, contestó noblemente el conde, ¿no debian fusilarme?

— He debido prever á todo lo que concierne á la felicidad de mi hija. He pedido vuestro perdón como un favor personal, y lo he obtenido... Pero...

— ¿Cuán bueno sois, amigo mio! dijo Amelia arrojándose en sus brazos.

— Me reconciliais con la república, capitán, dijo el conde. Vámonos, Amelia.

Iban á salir del aposento cuando un oficial republicano se presentó á la puerta en el fondo, á la cabeza de un piquete de soldados.

Desesperado quedó el capitán al ver aquella fuerza. Vió que era demasiado tarde.

— ¿Con que me engañabais? le dijo el conde.

— Os salvaba, dijo el capitán.

— ¡Capitán!... Esto es demasiado... Adios... adios, Amelia... dijo el conde, esta noche no habrá sido mas que un hermoso sueño de mi vida.

Y la tuvo largo rato abrazada... Desprendiéndose de ella bruscamente y haciendo un esfuerzo de valor:

— Marchemos, señores, dijo.

Iban ya á conducirse los soldados, cuando á lo lejos vió al primo Alberto venir corriendo y dirigirse hacia él.

— ¿Qué me quereis? le dijo.

— Quiero que no seais fusilado.

— ¿Qué dice? exclamó llena de alegría y de esperanza Amelia.

— Voy á perder la cabeza, dijo el conde.

— No, repitió el primo.

— ¿De veras? dijeron á una voz el capitán, Amelia y cuantos se hallaban presentes.

— Leed, dijo Alberto, y al mismo tiempo puso en las manos del capitán Hamelin un pliego del comité de salud pública.

En efecto, era una orden de cange firmado por Hoche y La Rochejaquelein. Con lágrimas en los ojos abrazó Amelia á su primo Alberto. Hamelin abrazó también al conde, y todos se hallaban en el colmo del mayor júbilo y alegría. El capitán, haciéndose cargo del prisionero, dijo al piquete que salia responsable por el conde hasta el momento en que se verificase el cambio de prisioneros, acordado por el comité de salud pública.

Parecia un sueño cuanto sucedia. El conde, en lugar de morir siendo fusilado, marchó al castillo Mailly, y á los pocos dias condujo al altar á la hermosa Amelia.

El conde abrazó al capitán, y desde entonces aquellos dos hombres que habian combatido por largo tiempo en opuestas filas, efecto de las desgracias y rencores que traen consigo las convulsiones políticas y las guerras civiles, fueron mas que dos amigos, fueron dos hermanos. Y todavía, despues de terminada la revolucion, cuando el genio poderoso de Napoleon I enfrenó el elemento disolvente que agitaba la sociedad, se veian dos ancianos que, á pesar de la diferencia de su clase y posición, se citaban como el modelo de la amistad y del cariño en aquellas sencillas comarcas. Eran el conde de Bandelot y el capitán Hamelin.

Amelia era la Providencia de aquel país, y una numerosa descendencia fué el fruto de una noche tan feliz en que, saliendo el conde para ser fusilado se encontró en los brazos de una de las mas hermosas y ricas herederas de la Vendée.

MUÑOZ GAVIRIA.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las carreras de caballos y los aficionados. — Fotografía de «Ventre saint gris», vencedor en Chantilly. — Dos palabras sobre las modas masculinas. — Traje particular para las carreras. — Trajes de campo. — Del chaleco en todas sus variedades. — Una fiesta campestre. — Figurilla de un caballo en chocolate. — Las lecciones de M. Rarey. — Descripción del figurin de este número.

La pasión por los caballos va en aumento. Es verdad que no sale de un círculo, pero el progreso en los aficionados es notable. Todos se interesan por las victorias de «Monarque» y de «Tonerre des Indes.» «Ventre saint gris» del conde de La-

grange ha tenido el honor de ser litografiado, como se acostumbra en Inglaterra. En estas fiestas del sport se pueden estudiar las modas de la juventud dorada. Pero el estudio es difícil para una mujer, sobre todo cuando se tiene la opinión que yo tengo, es decir, cuando se encuentra á la juventud muy mal vestida, y que en lugar de ponderar su gusto, causa con mucha frecuencia deseos de reír. El traje para las carreras de caballos es muy caprichoso, aunque tiene ciertas pretensiones de elegancia. El turf es un verdadero teatro donde cada cual quiere rivalizar en lujo. El frac á la francesa es lo que va mejor; los jóvenes no están por la levita que creen es prenda propia de los viejos.

Para el campo está muy en boga el traje completo de hilo, nankin, piqué ó tela de fantasía muy ligera. El nankin y el blanco es lo mas distinguido. La jaqueta se corta con una sola hilera de botones y dibuja el talle un poco largo. Los faldones son cortos y derechos por delante en lugar de estar recortados. Las jaquetas de campo se ribetean con un hiladillo blanco ó de color.

Nada le está mejor á un buen mozo que una jaqueta de piqué blanco ó de gamuza muy corta, con el talle un poco alto sobre las caderas. Las mangas anchas no deben bajar sino á dos centímetros del nacimiento de la muñeca. En el pecho se pone un bolsillo y dos por detrás en los faldones. A este traje se añade un chaleco de la misma tela, de pequeño chal, y un pantalón blanco, sea de hilo, sea de camelote de hilo y unos zapatos de charol finos.

Los chalecos se llevan siempre cortos, lo cual es un error de la moda masculina. El chaleco corto sienta bien á pocas personas. No es decir que preferiria yo el chaleco Luis XVI, que ocultaba toda la gracia natural del hombre, pero sí me gustaria un chaleco de un largo ordinario que diera buen aire á los que no lo tienen.

La forma de los chalecos para medio vestir es la misma que se usó el invierno último, con la diferencia de que el chal es mas abierto, queda mas abierto sobre el pecho, y por consiguiente no se abotona alto.

Los chalecos derechos, sin solapas, con un cuellecito subido cierran mas que los de chal. Los de hilo adecuados al pantalón llevan generalmente al borde un galon cosido llano de hilo ó de algodón, de una anchura de ocho ó diez milímetros. También se usan los botones de nacar con tres agujeros.

En los chalecos de piqué se usan por el contrario los bordes respunteados á cordoncillo; en los de valencias y de seda no hay ribete; el respunte hace mejor. Todos estos chalecos que no son de vestir llevan botones de seda ó de la misma tela.

Pero hablo demasiado de chalecos, y voy á hacer una pequeña digresión: ¿quién creeria que se baila aun en el mes de junio?

Parece imposible; pero el hecho es exacto: es verdad que las fiestas son campestres. La señora duquesa Riaro-Sforza ha dado una fiesta de ese género en su bonita habitación de Ville d'Avray, uno de los puntos mas pintorescos de las cercanías de Paris. Era en un hermoso y vasto parque que tenia por araña el sol y por adorno flores naturales á montones.

Ciento cincuenta damas con vestidos frescos y nuevos de tarlatana, de gasa, de organdi y de muselina, y adornadas con flores de la estación bailaron á los sonidos de la orquesta de Lagrange, joven maestro que fácilmente podria convertirse en rival peligroso para Strauss si así lo quiere el gran mundo.

El invernáculo que servia de teatro para esa fiesta de primavera, es una dependencia de la casa de la duquesa. Ese invernáculo domina todo el hermoso valle de Ville d'Avray; una colgadura verde y oro hacia descansar los ojos deslumbrados por racimos de frutos en cristal de Bohemia de todos los colores.

Enfrente del invernáculo una tienda inmensa encerraba un rico buffet, donde una porción de criados servian con profusión todo lo mas delicado de la estación.

Un crecido número de personas distinguidas se reunieron en esa hermosa fiesta, cuyos honores hicieron el duque y la duquesa de Riaro con esa afabilidad que da tanto precio á sus convites. Anunciáronse allí sucesivamente los primeros nombres de Francia.

La fiesta principió á las tres y se acabó á las ocho de la noche. Los habitantes de Ville d'Avray no verán jamás tantos diamantes en medio del día.

Ya que hablo de fiestas añadiré que el conde Lehon ha dado un banquete ostentoso en la fonda de los «Freres Provençaux», á una porción de alegres convidados pertenecientes en su mayor parte á la sociedad de caza de la Ferté-Vidame. Entre ellos se contaban el príncipe Poniatowski, el conde Daudon, el vizconde Mirabeau, el conde de Prado y M. Visconti. El motivo de esta reunión era el de celebrar la victoria de «Gonvieux» en las carreras de caballos del bosque de Boulogne. El conde Eugenio Lehon habia mandado hacer en chocolate la estatua del caballo, que tenia la mitad del tamaño natural; pero al sacar esta preciosa obra á la mesa, el criado encargado de hacerlo, la dejó caer y se hizo mil pedazos.

M. Rarey, el maravilloso domador de caballos, continúa ganando millones en Francia. Ultimamente ha dado unas lecciones particulares á varias señoras del gran mundo. Eran la duquesa de Fitz-James, la duquesa de Istria, la marquesa de Chaponnay, la condesa de Pracontal y la vizcondesa de Courval. Los caballeros presentes eran: el vizconde Daru, el conde de Komac, el conde Aguado, el baron de Berres, MM. Lupin, Reiset, el conde de Greffulhe, M. Mashensée-Grieves.

Las lecciones se dieron en inglés y sin intérprete; el aristocrático auditorio habla y comprende la lengua inglesa como la francesa.

Ahora terminaremos con la descripción de nuestro figurin, que representa varios trajes de la estación para paseo, para vestir y para el campo.

El primer personaje es un niño de diez á once años con un bonito vestido que está muy en boga. El paletó es de merino cachemira verde; el pantalón de tela ligera, mezclilla de cuadritos, y el chaleco que se ve poco es de piqué ó de tela de

fantasia. En nuestro figurin el chaleco es de cachemira verde. Pantalón mosaico (género nuevo) y botitas de charol. Camisa de Holanda con cuello y puños vueltos. Sombrero redondo de castor y corbata de tafetan verde.

Viene despues un hombre de treinta á cuarenta años con un vestido de visitas y de ceremonia. Compónese de un frac negro, chaleco de piqué blanco, derecho, medio abierto, y un pantalón gris liso adornado con bandas á los lados. Encima lleva un pequeño sobretodo inglés avellana mezclilla forrado de seda.

Luego tenemos el traje de campo en toda la acepción de

la palabra. Casaquilla de hilo que se abotona á voluntad, holgada por todas partes, aunque dibuja el talle. No lleva costura al través de la cintura y cae derecha. Mangas anchas; bolsillos en las caderas con carteras que cubren la abertura; bolsillo de pecho para la petaca.

Chaleco de hilo blanco de cuello caído, muy largo y formando faldeta.

Pantalón de lo mismo, muy ancho de muslo y sin trabillas.

El último personaje lleva un vestido de calle, un traje de batalla que sirve para montar á caballo por la mañana y también para paseo; es un traje común que llevan el millonario

de nacimiento, el financiero, el negociante, el industrial, el empleado en el ministerio y el especulador enriquecido. ¿Está tan difundido porque es gracioso? Responda el que guste; no hacemos más que consignar el hecho. Diremos sí que no se lleva otro traje, ni de otra forma, solo que se ponen más ó menos bolsillos según el gusto de cada uno. La prenda principal dibuja el talle por detrás y cae derecha por delante; el chaleco es de seda con florecillas, de chal y cerrado alto. Pantalón de satén verde mar adornado con bandas á los lados y sin trabillas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Inauguración del ferrocarril de Don Pedro II.

Traducimos á continuación una correspondencia francesa, fechada en Rio Janeiro el 12 de abril último, en donde se da cuenta de las fiestas de inauguración del ferrocarril de Don Pedro II. Dice así:

Entre las diversas maravillas nacidas en la fecunda Europa no hay una que produzca en nosotros tanta impresión como la relativa á las numerosas líneas de ferrocarriles que surcan hoy el viejo continente. Si el relato de esas fiestas de inauguración, tan memorables en la vida de las naciones, nos hacen estremecer de admiración y esperanza á nosotros los que vivimos lejos de nuestro país por deberes de familia, juzguese de la impresión que hemos debido experimentar al asistir á una de esas imponentes ceremonias el 29 de marzo de 1858 en Rio Janeiro.

Desde el día glorioso en que los ecos de Ipiranga repitieron con orgullo el grito de independencia, lanzado por el inmortal Don Pedro I; desde el advenimiento al trono del Brasil del monarca ilustrado que protege hoy sus libres destinos, ninguna escena seguramente ha sido más grandiosa para aquellos que hacen votos sinceros por la prosperidad de este magnífico país.

Con efecto, el inmenso imperio del Brasil cuyas incalculables riquezas solo piden trabajadores inteligentes para dar al mundo el cuadro de una fecundidad inaudita, exige más que ninguna otra comarca la creación de esas admirables vías férreas por donde la emigración irá esparciéndose para cultivar un territorio tan productivo.

Con ese fin se ha fundado la compañía del ferrocarril de Pedro II, que debe servir la provincia de Rio Janeiro y la floreciente provincia de Minas, y se acaba de inaugurar á las aclamaciones de una muchedumbre entusiasta la primera sección de esas importantes obras.

En las vistas que acompaño, debidas al señor vizconde de Canto, el artista no ha querido trazar la bendición

de las locomotoras, aspecto siempre igual en esas ocasiones. El primer dibujo es un efecto de noche representando el embarcadero iluminado á giorno por el gas, y el segundo representa la estación de Queimados, donde debían detenerse los trenes de honor.

Pero lo que no puede pintarse es la expresión que se

se llenan los wagones; los fuertes silbidos del vapor imponen silencio un instante á los curiosos, maravillados con un espectáculo tan nuevo, y los trenes, partiendo con majestad, salen del embarcadero en medio de las aclamaciones frenéticas de estas jóvenes poblaciones.

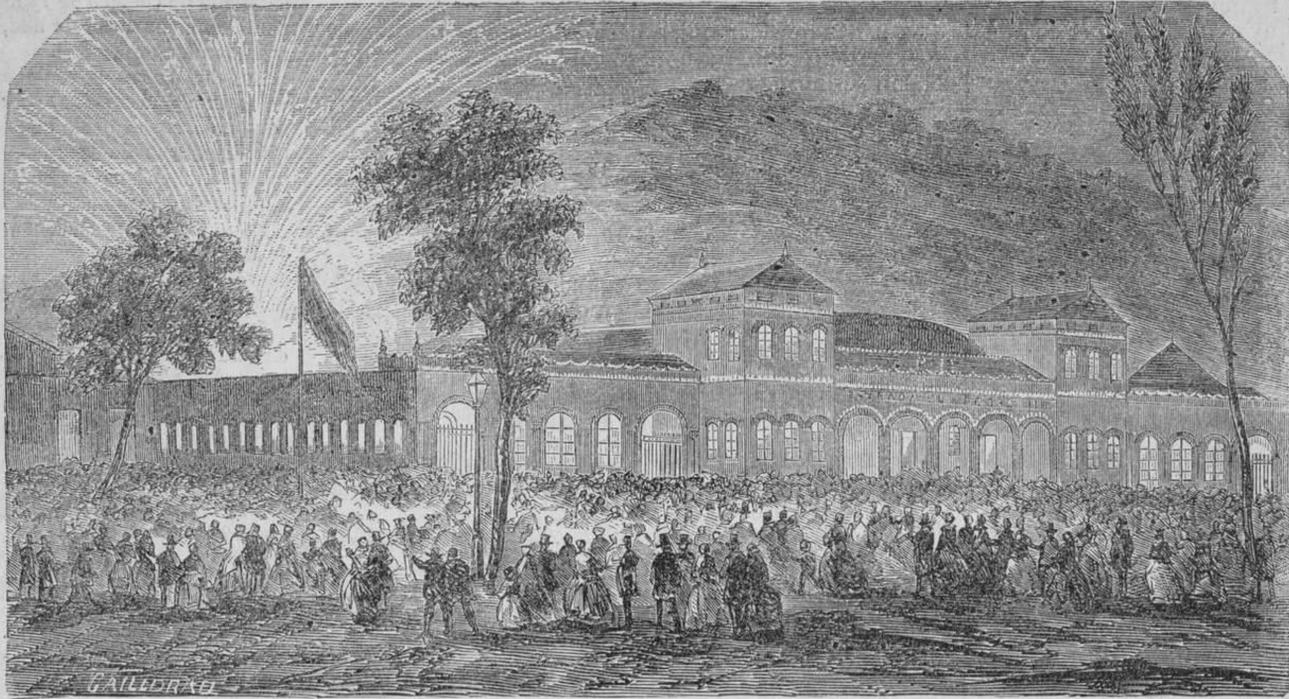
Una pluma más hábil que la mía sería menester para decir lo que nosotros, hijos de la vieja Europa, sentimos entonces; pero cuando saludados en todo el trayecto por las masas que acudían de todas partes en traje de fiesta y que cubrían los tejados de las casas, los árboles y las cuestas agitando los pañuelos y los sombreros, se habría dicho que era aquello una expedición de un nuevo Cristóbal Colón en busca de mundos desconocidos.

Mucho era en efecto; era la civilización moderna marchando en medio de las bendiciones de los pueblos á la conquista de las riquezas que Dios solo concede á la inteligencia y al trabajo. Era todo el porvenir del Brasil que surgía glorioso ante las columnas de humo de las locomotoras.

Pero me dejó arrastrar demasiado hablando de impresiones ya tan gastadas en Europa, y comprendo que apenas me quedan algunas líneas para rendir homenaje á los esfuerzos perseverantes de los directores de la empresa, que son los señores: C. B. Ottoni, J. J. Taxeira, J. B. da Fonseca, A. J. de Siqueira, R. J. Haddoch-Lobo y L. P. de Lacerda-Wernech, brasileños noblemente ilustrados por los numerosos servicios que no cesan de hacer á su patria.

Merecen elogios también dos franceses, MM. Lafourcade y Leger, el último como decorador del embarcadero y las estaciones, y el primero como ordenador en jefe del banquete suntuoso ofrecido á SS. MM. y á los convidados.

BARON L. DE GESLIN.



Iluminación del embarcadero de Rio Janeiro en la inauguración del ferrocarril de Don Pedro II.

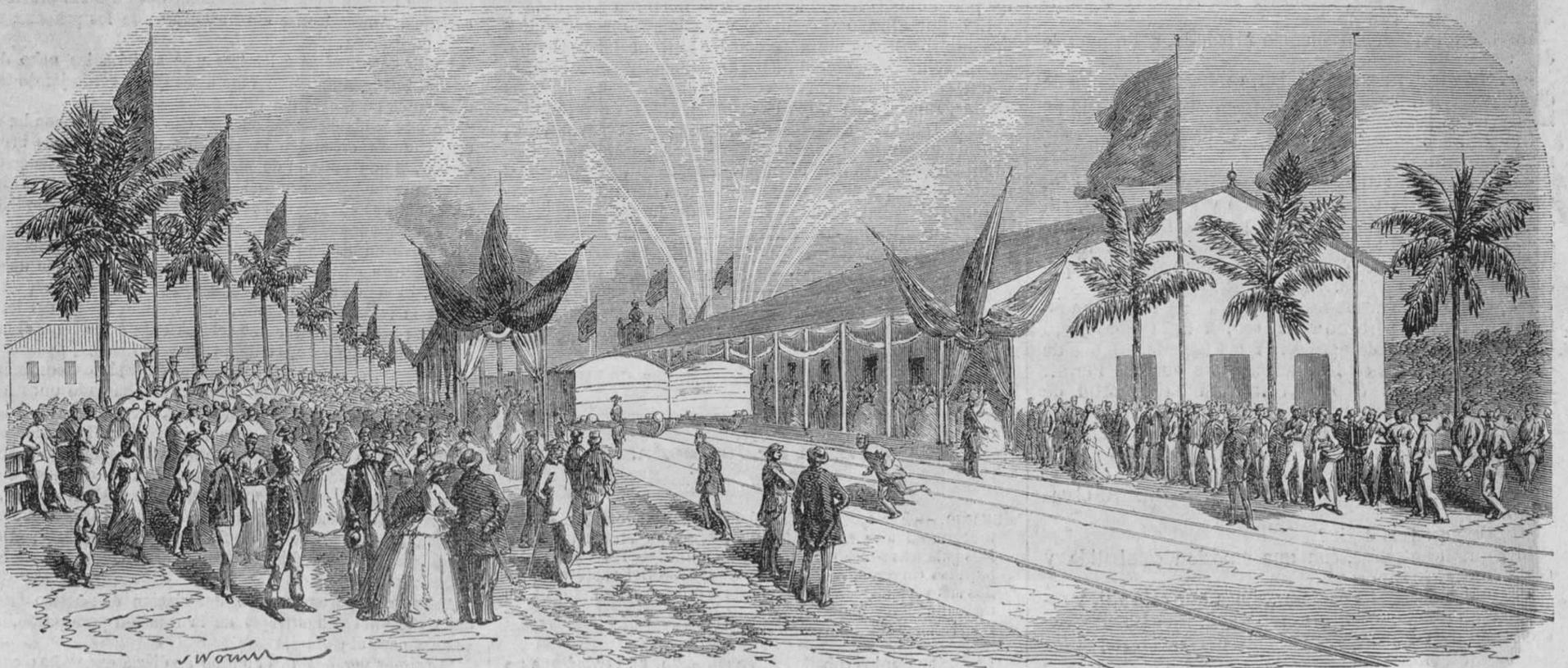
reflejaba en todos los rostros en el momento solemne en que despues de los votos elevados por monseñor el obispo de Rio á la divina Providencia, el presidente de la empresa, dirigiéndose á SS. MM. II. cuyas fisonomías en ternecidas revelaban la alegría indecible que les causaba ese feliz presagio de la futura grandeza del imperio, terminó su discurso con estas palabras: ¡Viva el emperador!

La muchedumbre inmensa de los convidados reunidos en el embarcadero adornado con los colores nacionales, respondió tres veces como un solo hombre á ese homenaje rendido al digno descendiente del ilustre fundador del imperio. Al punto millares de cohetes estallan en los aires, se da la señal de la marcha, y en pocos minutos

tan gastadas en Europa, y comprendo que apenas me quedan algunas líneas para rendir homenaje á los esfuerzos perseverantes de los directores de la empresa, que son los señores: C. B. Ottoni, J. J. Taxeira, J. B. da Fonseca, A. J. de Siqueira, R. J. Haddoch-Lobo y L. P. de Lacerda-Wernech, brasileños noblemente ilustrados por los numerosos servicios que no cesan de hacer á su patria.

Merecen elogios también dos franceses, MM. Lafourcade y Leger, el último como decorador del embarcadero y las estaciones, y el primero como ordenador en jefe del banquete suntuoso ofrecido á SS. MM. y á los convidados.

BARON L. DE GESLIN.



Llegada del tren de honor á la estación de Queimados.